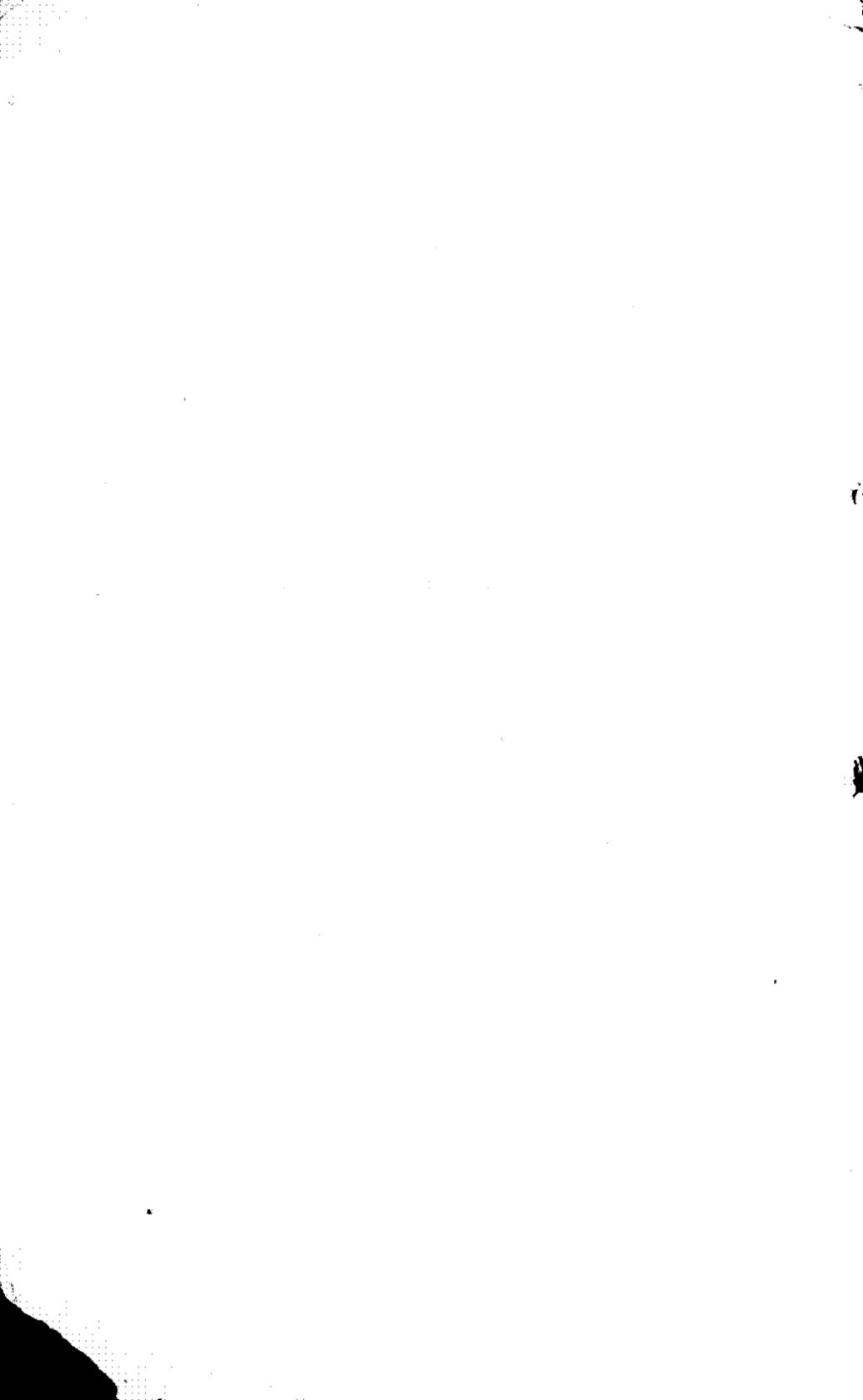


186



EL NUEVO DON JUAN.

1247



C 2186

EL
NUEVO DON JUAN

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

Adelardo Lopez de Ayala

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE T. FORTANET
calle de la Libertad, núm. 29.

1863.

R. 12737



SR. D. JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

Estas páginas que antes fueron zarzuela, ahora comedia y que serán tragedia en el deseo de muchos, llevan el encargo de decirte que recibí tus *HOJAS SUeltas* con aquel placer mezclado de sorpresa que en mí producen todas las manifestaciones de tu peregrino y sutilísimo ingenio.

A ti llega, querido Pepe, la primera comedia que publico despues de *El tanto por ciento*; ¡figúrate la suerte que le espera!

No por buena, por desgraciada te la recomienda tu cariñoso amigo

ADOLFO.

THE STATE OF TEXAS

County of _____ State of Texas

Know all men by these presents, that _____ of the County of _____ State of Texas, for and in consideration of the sum of _____ Dollars, to _____ in hand paid by _____ the receipt of which is hereby acknowledged, have granted, sold and conveyed, and by these presents do grant, sell and convey unto the said _____ of the County of _____ State of Texas, all that certain _____

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galería dramática y lírica titulada **EL TEATRO**, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

El autor se reserva el derecho de traducción.

PERSONAS.

ACTORES.

ELENA.....	SRA. LAMADRID.
PAULINA.	BAGÁ.
DIEGO.	Sr. ARJONA, (D. J.)
JUAN.	OSORIO.
SEGUNDO.	BENETI.
GIL.	MARTINES.

SEÑORAS, CABALLEROS, UN SERENO Y EL PORTERO.

La señorita doña Balbina Valverde dijo las palabras de la Señora primera a instancias del autor.

ACTO PRIMERO.

Sala de paso en casa de Diego, adornada con elegancia y sencillas. Dos puertas á cada lado. La primera inmediata al proscenio y á la izquierda del actor, conduce á la habitacion de Elena; la segunda á la calle. La segunda de la derecha conduce al despacho de Diego y al interior de la casa. La primera al gabinete que ocupa Paulina en el segundo acto. En el fondo un magnifico armario de roble. En el centro y un poco inclinada á la derecha del actor una mesa con tapete largo. Los dos espacios que median entre las cuatro puertas laterales pueden ocuparse, el de la derecha con un reloj de sobremesa y el de la izquierda con un *bureau*.— La decoracion que debe ser elegante y armónica es inmutable.

La accion es contemporánea y dura ménos de veinticuatro horas.

ESCENA PRIMERA.

DIEGO.—ELENA.—GIL.

(Vienen de misa. Diego entrega á Gil el baston y el sombrero.)

ELENA. En fin, ya sabes... Aquí (Señalando el armario.)
lo pones todo. Completa
el neceser.

GIL. ¿ Va maleta
ó saco de noche?

ELENA. (A Diego.) Di;

¿vuelves pronto? yo te ruego
que apresures...

DIEGO. (El alave
hasta en la iglesia se atreve
á perseguir...)

ELENA. Pero Diegô...

DIEGO. ¿Qué ocurre?

ELENA. ¿Estás en Belen?

¿Cuántos dias voy á estar
sola?

DIEGO. (Y tener que ausentarme...)

ELENA. Responde.

DIEGO. Salgo en el tren...

ELENA. (Alzando la voz.)
Cuándo vuelves te pregunto.

DIEGO. No grites.

ELENA. Si desvarias.

DIEGO. Ya sabes... dos ó tres dias...

ELENA. ¡Ay, qué humor!... El saco. (A GU.)

GIL. Al punto.

ELENA. Ven: llévate de camino
allá dentro... (Le entrega la mantilla y el devocionario.)

DIEGO. (Y hace plaza

de la iglesia: él tiene traza
de un infame libertino.

Cuando sorprende el afan
con que la mira, el bribon
finge que está en oracion,
mirando á San Sebastian.

Pero á través de su encanto
contemplativo, yo noto
que es más ardiente devoto
de mi mujer que del santo.)

ELENA. Ya pronto estará dispuesto...—

¿Estás en el mundo?

DIEGO. Di.

- ELENA. Tu equipaje.
- DIEGO. ¿ Crees que así
me voy á marchar más presto ?
- ELENA. ¡ Jesus! Te ocurren extraños
dislates.
- DIEGO. Si no me voy
hasta la noche...
- ELENA. Si hoy
celebro mi cumpleaños.
¿ Olvida usted lo que pasa ?
vendrán nuestros convidados
y exigirán los cuidados
de la dueña de la casa.
¿ Quieres, si no me anticipo,
que andemos luego con prisa,
ó que yo de sobremesa
me ponga á hacerte el equipo?—
¿ No pudieras otro dia
ir á Alicante ?
- DIEGO. Mañana
saldrá con rumbo á la Habana
el barco que está en bahía.
Mi hermano se embarca en él.
Quiero que lleve instrucciones
y venda las posesiones
que tenemos...
- ELENA. ¡ Es cruel
la coincidencia!
- DIEGO. ¿ No es digno
este asunto de atención ?
- ELENA. Hombre, si, tienes razon
y por eso me resigno.
¡ Vaya que estás hoy galan
conmigo! Dí, ¿ qué tenemos?
- DIEGO. Nada.
- ELENA. ¿ Nada ?

- DIEGO. No volvemos
á misa á San Sebastian.
- ELENA. Pero ¿hay motivos?...
- DIEGO. Y graves,
cuando así lo determino.
¿No los sabes?
- ELENA. Ni adivino
cuáles son.
- DIEGO. (Con sorna.) ¿Que no los sabes?...
¿De veras?
- ELENA. ¿No lo has oído?
- DIEGO. Estas cosas la mujer
siempre las llega á saber
primero que su marido.
- ELENA. ¡Diego!
- DIEGO. En la calle me acosa
y hasta en la iglesia me apura...
Pero mi esposa asegura
que no ha notado tal cosa.
- ELENA. Pero ¿quién?...
- DIEGO. Y si te digo
que tú...
Dirás mil sandeces.—
¿Qué?
- DIEGO. Le has mirado dos veces.
- ELENA. ¿Yo mirar?...
- DIEGO. Y yo testigo.
- ELENA. Pero, hombre...
- DIEGO. Sigo su pista
siempre con ojo avizor,
porque mi mismo rencor
en él me clava la vista,
y dos veces he notado
en su semblante el chispeo,
la bobera, el regodeo
del que mira y es mirado.

- ELENA. ¿En su rostro has sorprendido mi imagen? ¿Si?
- DIEGO. Pues es claro.
- ELENA. ¡Jesus! qué espejo tan raro (Riendo.) me regala mi marido!...
- DIEGO. Vamos, chica: no te rias.
¿Por no defenderte lo echas á risa?
- ELENA. Ya tus sospechas van despertando las mias. Tus celos tal vez fingidos recuerdan y con razon lo que en más de una ocasion ha llegado á mis oidos; que me apuras la paciencia para que así distraida no indague, sepa é impida tu oculta correspondencia con la que quiso casarse contigo, con doña Paz.
- DIEGO. Elena! (Y Paz es capaz de fingirlo, por vengarse.) Por Dios Elena del alma!...
¿Ves como yo no me rio?
No turbe tal desvario tu calma.
- ELENA. Pues si mi calma te interesa...
- DIEGO. Bien se ve.
- ELENA. ¿Por qué me ofendes y alteras?
- DIEGO. ¡Ay mujer, si tú supieras lo que es Madrid!...
- ELENA. Bien; ¿y qué?
- DIEGO. ¿Tendré paz cuando contemplo esa turba de perdidos?...
- ELENA. Si, pues tambien los maridos

- á fe que dan buen ejemplo.
- DIEGO.** En la iglesia hay quien se mete,
diablo con frac ó levita,
y ofrece el agua bendita
para entregar un billete.
- ELENA.** Pues hay jamona que atrapa,
mal parecida y coqueta,
al novio de la discreta
y al marido de la guapa.
- DIEGO.** Y como encuentran hechizos
muchas en tales acciones...
- ELENA.** Y como sois los varones
tan blandos y quebradizos...
Estas jamonas traviesas
á pares os tienen presos.
- DIEGO.** Pero, por Dios, ¿soy yo de esos?
- ELENA.** Y, por Cristo, ¿soy yo de esas?
- DIEGO.** ¿No has visto los galanteos
del hombre que me encocora?
- ELENA.** Yo no soy atisvadora
de licenciosos deseos.
Juzgo que nadie repara
en mí, pues siempre he creído *(Con dignidad.)*
que el amor de mi marido
lo llevo escrito en la cara.—
Tal vez sin causa te irrita *(Camblando de tono.)*
ese hombre: Paulina es
muy guapa: fuimos los tres
á la iglesia, y...
- GIL.** *(Que ha estado poniendo en el armario ropa y avios de viaje.)*
¿Señorita?
- ELENA.** ¿Has hecho algun disparate?
- GIL.** Mire usted. *(Mostrando lo que ha puesto en el armario.)*
- DIEGO.** *(Mirándola con ternura.)* ¡Si es una albaja!
- ELENA.** Pon en la cesta de paja
bizcochos y chocolate.

Los bizcochos necesito
que estén frescos.

GIL. Luego iré...

ELENA. Y el chocolate...

GIL. Ya sé.

ELENA. Del que toma el señorito. (Saca cu.)
Paulina, nuestra vecina,
se pone cerca de mí,
y...

DIEGO. Si; que estando tú allí,
se va á fijar en Paulina!

ELENA. ¡Hola! Me has dicho un requiebro
sin querer.

DIEGO. Ya lo sabía.

ELENA. Pues no olvides que es el día
solemne.

DIEGO. Yo lo celebro.

ELENA. Hoy nos casamos.

DIEGO. Hoy hace
tres años: tres!

ELENA. ¿Te dan pena?

DIEGO. ¡Qué pronto han pasado, Elena!

¿Es verdad?

ELENA. Y eso me place.

DIEGO. A mi no: si de esta suerte
los años dan en pasar,
pronto me voy á quedar
sin tiempo para quererte.

ELENA. Pues aprovéchalo.

DIEGO. ¡Oh!... Sí.

ELENA. Quiéreme mucho y aprisa.

DIEGO. ¿Más aún?

ELENA. Y antes de misa

¿dónde fuiste?

DIEGO. ¿Dónde fui? (Saca un estuche.)

Sube esa manga.

- ELENA. (Diego le pone una pulsera.) ¿Pulsera?
¡Qué linda!
- DIEGO. Pulsera no:
esta es cadena que yo
le pongo á mi prisionera.
¡Vaya si estás guapa!...
- ELENA. ¿Sí?
- DIEGO. Me inquieta tanta hermosura.
- ELENA. Pues, simple, y ¿eso te apura?
Tanto mejor para tí.
- DIEGO. Ea...
- ELENA. ¿Vas ahí junto á jugar
tu tresillo dominguero?
- DIEGO. Hoy soy tuyo.
- ELENA. Así te quiero.
- DIEGO. Voy corriendo á despachar
unas cartas: las remito
y libre vuelvo á tu lado.
- ELENA. ¿Sabes que estoy con cuidado
porque mi madre no ha escrito?
- DIEGO. Si no hace mucho... Y mi esposa
¿qué me da?
- ELENA. Yo... una cadena
de oro puro.
- DIEGO. Si es tan buena...
- ELENA. No sé. (Le da un abrazo.) ¿Qué tal?
- DIEGO. ¡Deliciosa!
- ELENA. Y á más...
- DIEGO. Oye: mis quimeras
olvida.
- ELENA. Pues no volvamos...
- DIEGO. Ya nunca... el domingo vamos
á miss donde tú quieras.

ESCENA II.

ELENA.

¡ Este es amor verdadero !...
 Algo celoso... mejor,
que en la mesa del amor
los celos son el salero.
 Pero ser tan suspicaz
 conmigo... A veces machaca
 tanto!... mas luego se aplaca
 en nombrando á doña Paz.
 Pues es verdad; al oír
 su nombre, cambia tan presto...
 Ya sé el remedio: mas esto
 ¿ qué es lo que quiera decir ?
 ¡ Quiá !... No es capaz... Si yo encuentro
 inalterable su amor.

ESCENA III.

ELENA.—GIL.

GIL. Señora, aquí hay un señor
 que quiere colarse adentro.
 ELENA. (No es capaz...)
 GIL. ¿ Pasa ó no pasa,
 que aguarda en el pasadizo ?
 ELENA. Y ¿ quién es ?
 GIL. Es... primerizo.
 ELENA. ¿ Quién ?
 GIL. Digo, nuevo en la casa.
 Viene de Cádiz y entiendo
 que en nombre de la señora.

ELENA. ¿De mi madre? (Señal afirmativa de Gil.)
Sin demora
que entre.
GIL. Trae carta.
ELENA. Corriendo.

ESCENA IV.

ELENA.—DON JUAN.

Al fin escribe! No en vano
dije yo...
GIL. (Mirando á don Juan.) (Ya sé quién es.)
JUAN. Señora, estoy á los piés
de usted.
ELENA. Beso á usted la mano.
JUAN. Su madre de usted me avis.
ELENA. Siéntese usted.
JUAN. Gracias. (Tomando una silla.)
ELENA. Yo
el silencio de mamá
cuidadosa me tenía.
A Diego le hablaba ahora...
JUAN. ¿No le ha escrito á usted?...
ELENA. Hoy no.
JUAN. Yo soy carta viva.
ELENA. Y yo
lo agradezco.
JUAN. Pues, señora,
no hay recompensa que cuadre
á ser yo la carta viva,
sino que usted me reciba
como á carta de su madre. (Elena se cubre.)
ELENA. ¿Y queda buena?
JUAN. Ten buena
y tan ágil todavía

y llorando de alegría
cuando recuerda á su Elena.

Motivos tiene su amor (Mirándola fijamente.)

para ser tan expresivo.

ELENA. Es mi madre: ¿qué motivo
puede encontrarse mayor?

JUAN. Yo pienso, aunque usted colija
que el ser madre es lo bastante,
que es circunstancia agravante
ser la madre de tal hija.

No es mucho que sus pestañas
el placer inunde en lloro
al recordar el tesoro
que ha tenido en sus entrañas!
No es mucho...

ELENA. ¿A usted ha entregado
alguna carta?

JUAN. Sí tal. (Se registra el bolsillo y saca una.)

Si; con esta credencial
su madre de usted me ha honrado.
Y en el estilo que emplea
me hace sobrada merced.

ELENA. A ver...

JUAN. (Con timidez.) No quiero que usted
en mi presencia la lea.

ELENA. ¿Por qué?

JUAN. Hace elogios de mí
que no merezco en verdad.

ELENA. ¡Oh! ¡qué excesiva humildad!

JUAN. Señora... yo soy así.

ELENA. Pero... (Insistiendo.)

JUAN. Hasta el punto en que parta
no la entrego.

ELENA. No importuno.

JUAN. (Así no dirá ninguno (Guardándola.)
que entrego pronto la carta.)

- ELENA. Y ¿está por fin decidida
mi madre á venir acá?
¿Usted sabe?
- JUAN. Si vendrá:
á no ser que se lo impida
alguna causa forzosa.
- ELENA. ¡Quiera Dios que la recobre
pronto!
- JUAN. Vendrá; si la pobre
no sabe hablar de otra cosa.
Cuántas veces me decia:
«¡si viera usted lo que vale
mi Elena! No hay bien que iguale
la paz de su compañía.
Cuando con candida fe
manifiesta su alma bella,
se va transformando en ella
el que la escucha y la ve.
La luz en sus ojos arde
con que el alba resplandece, (Elena baja los ojos)
cuando los baja, parece
que va cayendo la tarde.
Ella tuvo mis sentidos
tan dulcemente despiertos,
que al irse dejó desiertos
mis ojos y mis oidos.»
- ELENA. ¡Ah, madre!... No lo dirá
(Disimulando su emocion.)
de ese modo.
- JUAN. Si, señora.
- ELENA. ¡Válgame Dios, que habladora
se me ha vuelto mi mamá!
- JUAN. Yo le prestaba atencion
y á que hablase la incitaba,
creyendo que en ella hablaba
mi propia imaginacion.

Tan bien me dió á conocer
 á su Elena, que ántes creo
 que he visto á usted y la veo
 sin sorpresa y con placer,
 así como el alma ufana
 sale al encuentro y se entrega
 al dulce amigo que llega
 de alguna región lejana.

ELENA.

Pues es muy raro...

JUAN.

¿Por qué?

ELENA.

Porque nunca aconteció
 que el sér que se imaginó
 corresponda al que se ve.

JUAN.

Verdad que pierden presentes
 los séres imaginados,
 mas los hay privilegiados
 que jamás están ausentes;
 que iluminan los abismos
 de la ausencia, si se alejan,
 porque en cada pecho dejan
 una parte de si mismos.
 Y empieza á estimar su sombra
 áun el corazón más seco
 solamente por el eco
 con que la ausencia los nombra.
 Y el alma se lanza en pos
 de presagio tan felice...

ELENA.

Jesús!... y eso, ¿quién lo dice,
 mi madre ó usted?

JUAN.

Los dos.

ELENA.

Oh! no tiene tal encanto
 su estilo. Venga la carta
 si no...

JUAN.

¿Es decirme que parta,
 señora? *(Levantándose.)*

ELENA.

No he dicho tanto.

- JUAN. Dije á usted que la daría al irme.
- ELENA. Pues no hay motivo...
- JUAN. Con su permiso me privo de su greta compañía.
- ELENA. La casa y nuestra amistad son de usted.
- JUAN. Gracias. Entrego la carta. (Le da.)
- ELENA. La leeré luego, respetando su humildad.
- JUAN. (Dándole la mano.) Soy su amigo y no hay un hombre que estime en más la merced de serlo.
- ELENA. ¿ El nombre de usted ?...
- JUAN. En la carta está mi nombre.

ESCENA V.

ELENA.—DIEGO.

- DIEGO. Ya estoy listo... ¿ Quién será ?
(Viendo salir á don Juan. Al llegar á la puerta don Juan se vuelve y saluda á Elena.)
- El!... (Asombrado.)
- ELENA. Abur. (Respondiendo al saludo de don Juan)
- DIEGO. (Bajando rápidamente.) ¿ A qué ha venido ?
- ELENA. Hombre!... (Asustada.)
- DIEGO. Pronto!
- ELENA. (Dándole la carta.) Esta ha traído de mi madre.
- DIEGO. (Tomando la carta.) Venga acá. (La abre y lee.)
« Digna concha de un perla
será su madre: convengo
mas yo, señores, no tengo »

«el honor de conocerla.»

(Diego y Elena se miran estupefactos.)

«Solo á usted he conocido;

«con su trato quiero honrarme

«y usted no puede negarme

«que su casa me ha ofrecido.

«Gracias. Honor tan ansiado,

«estimando como debo,

«irá á ponerse de nueve

«á sus piés Juan de Alvarado.»

(Diego contentiendo la ira mira con recelo á su mujer.)

Qué tal?...

ELENA. Suspende la fiera
sospecha que en tí ha nacido.

DIEGO. Pues si estoy más suspendido
que si colgado estuviera.

¿Qué es esto?...

ELENA. Dijo al oriado
que mansó...

DIEGO. Le enviaba acá.

ELENA. Entró y al irse...

DIEGO. Mamá
se llama Juan de Alvarado.

Oh!... (Dirigiéndose á la puerta por donde salió don Juan.)

ELENA. (Asustada.) Diego!...

DIEGO. (Contentándose.) Al entrar aquí

¿no conociste quién era?

ELENA. ¿Cómo, si por vez primera
esta mañana le vi?

DIEGO. Niegas aún la ansiedad
con que te sigue y acude...

ELENA. ¿Es ese?... Dios no me ayude,
si no he dicho la verdad.

DIEGO. Es... la mariposa fiel
que en torno de tu luz gira; (Contentiendo la ira.)
el que se afana y suspira

porque repares en él;
 el que anda todos los días
 contándote las pisadas,
 y buscando tus miradas
 y sorteando las miss.
 Y va siempre dando indicio
 de vencedor, que parece
 que en su cara resplandece
 el favor de todo el vicio.
 Y fija con una calma
 su mirada torpe y leda f...
 como quien dice: «no queda
 ningún pudor en mi alma.»
 El que hoy por verte asistía
 á misa muy reverente:
 ¡como que estaba en su mente
 rezando este Ave María!
 Pues yo, Diego...

ELENA.

DIEGO.

¿En tí no ha habido
 nada que le anime?...

ELENA.

Oh! Calla...

¿Porque me ofenda un canalla,
 me ha de insultar mi marido?

¿Tendré yo que defenderme?

¿Yo misma no te entregué?...

DIEGO.

¿Qué venganza tomaré
 que pueda satisfacerme?

¿Qué medios?...

ELENA.

Todos son malos.

El mejor medio...

DIEGO.

¿Cuál és?

ELENA.

El desprecio.

DIEGO.

¡Oh! sí: despues

que esté derrengado á palos.

El desprecio... ¡Golpe recio

para un alma antojadiza!...

Después de una gran paliza
caerá muy bien el desprecio.

ELENA. Cálmate, Diego: ¿quién toma
á pechos un incidente
que es... una broma insolente,
pero en fin es una broma?
Vuelve á casa, no le admities
y basta.

DIEGO. Broma!... ¿De veras?
Eh!...

ELENA. Bien; será lo que quieras
con tal de que no te irrites.

DIEGO. Voy á contestar.

ELENA. ¿Qué?

DIEGO. Voy

á bromearme con él.

Yo contesto á su papel
en nombre tuyo. Le doy
esperanzas.

ELENA. Ten prudencia.

DIEGO. Él al momento me adorna
la respuesta: vuelvo: torna...

Verás qué correspondencia
tan salada! De este modo
yo puedo hacerme querer.

ELENA. Pero, hombre...

DIEGO. Pero, mujer,
¿quieres arramblar con todo?

Harto te acosan á ti
con amorosas porfías:
deja siquiera unos días
que me enamoren á mi.

ESCENA VI.

DICHO. — GIL.

DIEGO. Voy...
 ELENA. Y he de sufrir que él crea...
 DIEGO. Pero si al fin se propala.
 GIL. Don Segundo... (Anunciando.)
 ELENA. Abre la sala.
 GIL. Y otros...
 DIEGO. Otros?... Ah! que idea!
 GIL. Otros varios han venido.
 DIEGO. Di que esperen; que voy presto.

ESCENA VII.

ELENA. — DIEGO.

DIEGO. Oye, Elena: y lo que es esto lo has de hacer.
 ELENA. ¿Qué te ha ocurrido?
 DIEGO. Mira: esa chusma sublime el ridículo punzante es el arma que constante contra nosotros esgrime. Yo quiero en esta ocasión demostrarles á su modo, aparte lo infames, todo lo ridículos que son.
 ELENA. Pero y ¿cómo?... ¿De qué suerte?...
 DIEGO. Gil á buscarle saldrá.
 (Tira de un llamador: á poco se presenta Gil y espera en el fondo.)
 ELENA. Diego!...
 DIEGO. Lo dico... El hará que en seguida venga á vorte.

Tú le acoges con temor,
 como diciendo muy triste :
 «¡ay cielos! y ¿quién resiste
 á un hombre tan seductor?»
 Y yo he de fingir!...

ELENA.
 DIEGO.

O callas :
 no tienes necesidad...
 que en su propia vanidad
 se enredan estos canallas.
 Y esos íntimos amigos
 que tenemos convidados,
 á estas puertas asomados
 serán del lance testigos.
 Y cuando tierno te mire,
 y se arrodille amoroso,
 y se juzgue victorioso
 y se relama y suspire,
 yo, completando la escena,
 salgo con mis camaradas
 y en sonoras carcajadas
 le damos la enhorabuena.
 Y aún será muy oportuno
 que en venganza merecida
 le aplique por despedida
 un puntapié cada uno :
 y así sabremos despues,
 si con acierto le dan,
 qué cara pone un don Juan
 con cuarenta puntapiés.

ELENA.
 DIEGO.

¿ Pero, hombre, quieres que venga?...
 ¡ Venga ! Si no hay sufrimiento ;
 si es urgente un escarmiento
 que subordine y contenga
 á estos padres del ardid,
 persiguidores de oficio,
 propagandistas del vicio

y zánganos de Madrid!
ELENA. ¿No miras?...
DIEGO. Resuelto estoy.
 Qué ¿te duelen las ofensas
 del don Juan?
ELENA. ¡Oh!... Si eso piensas,
 haz lo que quieras.
DIEGO. Pues voy
 á que entren en el convenio
 todos los recién venidos.
 ¡Venga!... También los maridos
 solemos tener ingenio!
 (Vase riendo y hace á Gil una seña para que se vaya con él.)

ESCENA VIII.

ELENA.—PAULINA.

ELENA. ¡Tal locura!... Y si combato
 su p'an, dirá que me agrada
 el... ¿Quién?... Paulina.
PAULINA. Me alegro
 de hallarte sola.
ELENA. En la sala
 me esperan...
PAULINA. Si no han venido
 las señoras.
ELENA. Voy...
PAULINA. (Deteniéndola.) Aguarda:
 que tengo que revelarte
 un secreto. Mas ¿qué pasa?
 Chica, estás inquieta. ¿Ha habido
 celitos? ¡Vaya una gracia!
 No hagas caso... Mas el pobre
 ¡qué ha de hacer, si eres tan guapa,
 tan hermosa! (La toma.)

ELENA. ¡Ay! ¡qué contenta debes estar!

PAULINA. No te engañas.

ELENA. (Maquinalmente.)
¿Sí? (¿No ha de haber entre tantos alguno que le disuada?
Si voy, dirá...)

PAULINA. ¿No me escuchas?

ELENA. ¿Con que dices que te hallas contenta?

PAULINA. Mira, lo he dicho muy pronto. Siento en el alma un placer que causa pena, una pena que me halaga y una inquietud tan sabrosa que vale más que la calma.

ELENA. ¿Quién es él?

PAULINA. ¡Jesus!... ¡Qué pronto!...

ELENA. ¡Pícara!... ¿Y eso callabas?

PAULINA. Si yo misma no sabia... Si hace poco; y... seré franca: ¡buen trabajo me ha costado callártelo!

ELENA. ¿Y por qué causa?...

PAULINA. Aguardaba que llegase tu cumpleaños.

ELENA. ¡Ah! Vaya...

PAULINA. De esta manera he querido solemnizarlo. ¿Qué alhaja mejor que el primer secreto de mi pecho?...

ELENA. ¡Oh! ¡Dios te haga feliz!... Conque ya la niña ha caído.

PAULINA. Caen murallas.

ELENA. Y toda aquella soberbia

de: «no hay un hombre que valga
mi tranquilidad?»

PAULINA. Ya sabes

que la soberbia es muy mala.

ELENA. Vete con tiento, no llores
despues...

PAULINA. ¿Qué dices?

ELENA. Que es árdua

la senda...

PAULINA. (Con sencillez.) Fácil ha sido
para tí que estás casada.

ELENA. Del amor al matrimonio
¡si vieras cuántas naufragan!

PAULINA. ¡Jesus! me afliges.

ELENA. Perdona.

Eros nueva en las batallas
de amor y juzgo prudente
picar tu desconfianza
un poquito.

PAULINA. Mas no tanto.

ELENA. ¿Quién es?

PAULINA. El es... tiene fama

de calavera; mas dicen
que estos despues que se casan...

ELENA. Quien tiene buena opinion
suele salir buena albaja,
el que no...

PAULINA. Tal vez se enmienda.

ELENA. Tal vez.

PAULINA. ¿Sabes? Ya entra en casa.

ELENA. Mejor. ¿Diego le conoce?

PAULINA. No: los dos nos acompañan
á diversas horas. Tiene
alguna noticia vaga...

ELENA. ¿De tu novio?

PAULINA. Y no muy buena.

ELENA. ¿Cómo?

PAULINA. Una tarde que estaba jugando al tre-illo, oyó que no sé quién dijo en chanza que un calavera famoso mis balcones acechaba. Diego al oír calavera ¡dijo cosas tan amargas!... que mis tíos desde entonces reciben con mala cara á mi... Y no es justo. Conmigo ¡si vieras qué delicada es su conducta!... ¡Si vieras los respetos que me guarda! Y ya ves, en quien ha sido tan audaz, es prueba clara de enmienda. ¿No te parece?

ELENA. Me parece... que le amas.

PAULINA. Y es verdad; mas yo no acierto á explicarte... Son tan variadas mis sensaciones... Percibo que nuestras almas se entrelazan poco á poco y yo me dejo llevar de esta fuerza blanda que á un mundo desconocido dulcemente me arrebata. Y cuando soy más dichosa, siento unas corazonadas así... como si añase una súbita desgracia. Si me habla de amores, caen sus palabras en mi alma, estremeciéndola toda, como la piedra en el agua. Cuando está delante, vivo en él: no sé qué me pasa.

Se marcha y ¿quién lo creyera?
 soy más dichosa. Me embarga
 un éxtasis tan... parece
 que el corazón se regala,
 escuchando todavía
 el eco de sus palabras.
 Y cuando pienso que yo
 casi niña y sin más armas
 que mi ternura, consigo
 que un hombre venza sus malas
 costumbres y éntre en la senda
 del bien... Entonces doy gracias
 á Dios que me hace instrumento
 de obra tan buena y se arrasan
 mis ojos y... yo procuro
 ser mejor. Si alguna falta
 sorprende en mí, «¡si él me viese!»
 me digo, y para evitarla
 siempre imagino que estoy
 delante de sus miradas.
 Si es un ángel...

ELENA.

PAULINA.

¡Ay, Elena!

¡Qué bello es ser la esperanza
 de un hombre!... Yo no sabía...
 ¡Oh! ¡Qué bello es la alborada
 del corazón!...

ELENA.

No me has dicho

quien es.

PAULINA.

Y es verdad: se llama

Juan de Alvarado.

ELENA.

¡Ah!

PAULINA.

¿Qué dices?...

ELENA.

¿Juan de Alvarado?...

PAULINA.

Di: habla.

ELENA.

¡Ah! ¡Pobre niña!... ¡Hija mía!

¡No, no le escuches!

PAULINA. Me espantas.
 ELENA. Figúrate que has tenido un mal sueño.

PAULINA. ¡Oh, Dios!...
 ELENA. Arranca de tu pecho la memoria de ese vil, como una mala semilla.

PAULINA. Por Dios, ¿qué dices?
 ¿Qué sabes dél?

ELENA. Que te engaña, que te pierde, que es indigno de tu amor.

PAULINA. Pero ¿qué causa?...
 El dice que le calumnian...

ELENA. ¡Calumnian!... En esta estancia hoy, yo misma he sido objeto de su cinismo y audacia.

PAULINA. ¿Tú misma, Elena!... (Carcajadas de gusto que se acerca.)
 ¿Qué es esto?

ELENA. Oye.

DIEGO. (Dentro.) Os convido á la caza del don Juan.

PAULINA. Don Juan... aluden...

ELENA. Sin duda. (Y yo repugnaba...)

ESCENA IX.

DICIAS.—DIEGO.—SEGUNDO.—CABALLEROS Y SEÑORAS.

SEÑORA 1.^a ¿Elena?...

ELENA. Adios... (Se saluda.)

PAULINA. (No me puedo

sostener...)

SEGUNDO. Si se propaga este sistema de mítus

protección, esta alianza,
vereis como sufre el gremio
ménos derrotas.

CABALLERO 1.º (Entrando.) ¿Qué zambra
es esta?

SEGUNDO. ¿Tú no has oído?...

CAB. 1.º Si ahora llego. Dime...

DIRGO. Nada,
nada; que el señor don Juan
de Alvarado...

CAB. 1.º ¿Tú te tratas?

DIRGO. Casi.

CAB. 1.º ¿Quién le ha presentado?

DIRGO. Nadie. Pues esa es la gracia.

Sabrás que voy los domingos

al cuarto de enfrente, á casa

de la niña, y entré aquí

creyendo que Elena estaba

sola. Anunció una visita

de mi suegra y una carta.

La carta entregó al marcharse:

entro yo; la abro y declara

en ella el señor don Juan,

que no conoce ni ganas

á mi suegra: que conoce

á mi mujer y lo basta.

SEÑORA 1.º No es tonto. (Las señoras lestimulan la risa.)

DIRGO. Y ya que han mediado

las ofertas de ordenanza,

volverá. Y eso queremos,

que vuelva.

SEÑORA 1.º (A Paulina.) ¿Te pones malo?

PAULINA. ¿Yo?... No.

ELENA. Ten valor. (Aparte á Paulina.)

CAB. 1.º ¿Y quieres

que vuelva?

DIEGO. Sí. Ya le aguarda

Elena. Ya le aguardamos
todos. Oiremos la plática.

CAB. 1.º ¡Qué gusto!...

DIEGO. Y sólo con darle

el parabien de su hazaña,
gozaremos de un don Juan
convertido en un Juan Lanas.

CAB. 1.º ¡Bravo!

DIEGO. Contamos el lance

y le echamos una calza
que le distinga.

CAB. 1.º ¡Bravísimo!

El ridículo es el arma
más cruel.

SEGUNDO. Y así sabremos

de que modo las atrapa.

PAULINA. Por Dios... haz tú que no venga:

¿no es mejor?... (A Elena.)

CAB. 1.º (A Diego.) ¿Vendrá?

DIEGO. ¡Gál anda

en su busca.

PAULINA. (¡Ahl)

DIEGO. Si le dice

lo que le he dicho, no marra;
traga el anzuelo.

SEGUNDO. Pues mira

que es un pez...

SEÑORA 1.º (Aparte á Elena.) Oye: esa trampa

á todas nos perjudica
muchísimo.

ELENA. ¿Por qué causa?

SEÑORA 1.º No conviene desahuciarlos

así... tan á raja tabla.

El amor de los maridos

se surmenta con el fantasma

de los celos. Si áun celosos son así... ¿Quién los aguanta seguros?

ELENA. No necesita mi Diego...

SEGUNDO. Dime ¿le guardas rencor porque tuvo amores con Paz?

DIEGO. ¡Hombre!... Lo ignoraba.

SEGUNDO. ¿De veras?

DIEGO. Lo que es por eso...

SEGUNDO. Pues como dicen que áun andas detrás de ella...

DIEGO. Yo!

SEGUNDO. Pues ella...

DIEGO. Es el diablo en forma humana. Por vengarse...

SEGUNDO. Dice á toda su tertulia que tú...

DIEGO. *(Señalando á Elena.)* Calla... Con que don Juan ha logrado que Paz...

SEGUNDO. Tómala si las caza al vuelo. Es atroz.

DIEGO. *(Y aquella, aunque coqueta, era brava.)*
(Se queda pensativo.)

SEGUNDO. Vecinita...

ELENA. Don Segundo...

SEGUNDO. Gran combate se prepara!

ELENA. ¿Quiere usted ponerme miedo?

SEGUNDO. No, señora. Si las gracias vencen siempre. Así lo dice don Juan.

ELENA. Es autorizada la cita.

SEGUNDO. ¿No ha leído usted
sus versos?

ELENA. ¿También se jacta
de poeta?

SEGUNDO. Si, señora,
y no vulgar. Dió á la estampa
un libro que se titula
«*Suspiros.*»

ELENA. ¡Ay, qué monada!...

SEÑORA 1.ª Pues mira: á sus versos debo
el amor de una gallarda
condesita.

DIEGO. (Cada vez más alarmado.) (Otra!)

ELENA. Y acaso

á mí me tendrá apuntada
ya en su lista.

SEGUNDO. Pues el libro
es tan meloso, que ablanda
las piedras.

ELENA. No soy golosa.

SEGUNDO. Yo lo traeré.

DIEGO. (Aparte á Segundo.) No lo traigas.

PAULINA. (Parece que están jugando
con mi corazón.)

SEGUNDO. (Aparte á Diego.) Repara
en Paulina.

DIEGO. Pobrecilla!
está triste...

SEGUNDO. Chial... se abraza
por don Juan.

DIEGO. (Diablol Ese hombre...)

SEÑORA 1.ª Pues no lo tomes á chanza.
También se mofaba mucho
de sus ardides la Juana,
y luego buenos escándalos
dió con él.

- ELENA. (Con ira.) ¡Oh!
- DIEGO. Si es contraria
mi Elena... si ella no quiso
que viniese.
- SEGUNDO. Pues es cauta
precaucion. Jugar con fuego
es peligroso y quien ama
el peligro en él perece.
Y en fin hay horas menguadas...
- ELENA. ¿Si?
- SEGUNDO. Y el mejor de los dados
es no jugarlos.
- DIEGO. Pues nada.
Tú no quieres... Yo diré
que no reciban...
- ELENA. ¡Oh! Calle.
Venga don Juan. Si antes quise
impedir... ya tengo ansia
de verle, de que me hable,
de someterme á su magia
invencible. Y sepa usted
don Segundo, que esas almas
de última moda; esos vicios
poéticos; esas mansas
culebras que se deslizan
en derredor de las damas
y manchando las alfombras
por los salones se arrastran,
brindando siempre bajera
por deshonra, en mí no hallan
calor; y si antes mi instinto
su presencia repugnaba,
no es por temor, es... por asco
que siento al pisotearlas.
- VARIOS. ¡Bravo!
- CAB. 1.º ¡Qué venga!

- JUAN. ¡Cómo!... ¿Está en casa
el marido? (Alarmado y en voz baja.)
- GIL. No, señor.
- JUAN. Entonces ¿por qué me hablas
tan quedo? (Alarmado la vez.)
- GIL. (Turbado.) ¡Pst!... No hay motivo...
- JUAN. ¿Por qué?
- GIL. ¡Pst!... tengo esa maña.
- JUAN. (¿Qué es esto?) Pues bien, hablemos
(Desde este momento observa cada vez con más recelo el semblante
de Gil.)
de quedo si eso te agrada. (Pausa corta.)
¿Está ahí enfrente?
- GIL. Sin duda.
- JUAN. Juega al tresillo: acompaña
á mi novia. Si; Paulina
es mi novia. (¿Qué pantalla
mas bonita?) (Gil quiere irse.)
Oye: al entrar
oímos cierta algazara
aquí dentro. ¿Quién metía
tanta bulla?
- GIL. ¡Pst!... Las ratas
quizás; no hay gato...
- JUAN. ¿Sí? Dime...
- GIL. Hombre, yo he visto tu cara.
Si tal: yo he sido sereno:
y como usted trasnochaba
y andaba...
- JUAN. ¡Chist!... No recuerdes...
Sereno?
- GIL. Junto á la plaza
del Progreso.
- JUAN. Sí: ya caigo...
- GIL. ¡El buen Gil!...
Esa es mi gracia.

- JUAN. ¡Bah!... Pues si somos amigos...
Hablemos, como se hablan
los amigos. ¿Quién? No sale...
(Creyendo que viene Elena.)
Con que dime; en confianza...
tu señora...
- GIL. Ya lo he dicho.
- JUAN. Así que leyó mi carta...
- GIL. Ya lo he dicho.
- JUAN. Celebró
muchísimo la humorada.
- GIL. Pues...
- JUAN. Manifestó deseos
de verme; y como no estaba
el marido... tú saliste
á buscarme...
- GIL. Pues.
- JUAN. Y ¿nada
más?
- GIL. Nada. (Pausa.)
- JUAN. ¿Sabes qué pienso?
- GIL. ¿Qué piensa usted?
- JUAN. Que tu ama
debe ser una señora
alegre, de vida airada.
- GIL. ¿De qué?
- JUAN. De malas costumbres.
- GIL. ¿Quién es el tunante?... (Lleno de ira.)
- JUAN. Calla.
- GIL. ¿Quién?...
¡Chist! Cuando tú me buscas,
ella estará acostumbrada
á meter á escondidillas
los hombres dentro de casa.
- GIL. Miente quien diga... ¡Tapujos
mi señora!

JUAN. Tú me llamas
 porque ella...
 GIL. Pues ni ella quiso
 que yo... ni nunca...
 JUAN. ¿Qué?...
 GIL. Basta.

ESCENA XII.

JUAN.

¡Hola!... Su lealtad te vende...
 ¿Qué significa?... (Pausa.) La Juana
 al principio de mi historia
 me preparó una emboscada.
 Hay síntomas... (Se registra el bolsillo.)
 Sí; aquí vienen
 mis armas. Esta no es mala:
 (Sacando una carta.)
 sin fecha; escrita parece
 hoy mismo. (La guarda.) Late con ansia
 mi corazón. Siento el ruido
 de su traje... Mucha calma.

ESCENA XIII.

ELENA.—JUAN.

(Elena no ha cambiado de traje, pero trae algún nuevo adorno que indique que viene del tocador.)

ELENA. Don Juan...
 JUAN. Señora...
 ELENA. (Con ironía.) ¡Ei!

- la carta de mi mamá.
- JUAN. ¡Oh! mi locura será mi mejor defensa.
- ELENA. ¿Sí?
- JUAN. Y ya de alcanzar no dudo perdon...
- ELENA. ¿Qué no alcanzó un hombre como usted?
- JUAN. No: por el nombre que me ha servido de escudo.
- ELENA. ¡Ah!... ¡Pues quererse servir del nombre!... (Con ira.)
- JUAN. Señora...
- ELENA. ¡Calma!
- Pero si me enciende el alma este hombre, ¿cómo fingir?...)
- JUAN. (Vamos... Todo lo concibo si ahora me planta en la calle.)
- ELENA. (Ya es fuerza...)
- (Mirando á las puertas, detrás de las cuales y cubiertas con las cortinas, están los que escuchan la escena.)
- Yo haré que estalle al momento.) No hay motivo ciertamente. (Afectando de ira.)
- JUAN. Y á esas plantas pedí perdon...
- ELENA. Bien está.
- JUAN. (¡Qué cambio!...)
- ELENA. Y usted tendrá sus disculpas.
- JUAN. Tengo tantas, que usted oír no ha querido enojado con mi arrojo.
- ELENA. Es verdad; pero este enojo, don Juan, con usted no ha sido.
- JUAN. ¿No?

- ELENA. Conmigo misma fué.
- JUAN. ¿Cómo?
- ELENA. Si, me causa miedo y enojo, ver... que no puedo enojarme con usted.
- JUAN. (¡Demonio!) (Dando un paso atrás.)
- ELENA. (A Roma por todo.) (Pausa.)
(Pero... ¿Por qué se refrena?)
- JUAN. (¡Una mujer como Elena incitarme de este modo!)
- ELENA. Sentémonos. (Se sienta Elena.)
- JUAN. (Su intencion es clara. Quiere arrastrarme y...)
- ELENA. ¿Don Juan?
- JUAN. (Sentándose.) (Voy á dejarme querer.)
- ELENA. ¿Y qué explicacion tiene la extraña agudeza con que usted...
- JUAN. Señora... (Indicando.)
- ELENA. (Acercando la silla.) Vámonos...
- JUAN. (¡Eh! ¡Valor!)
- ELENA. Solos estamos; hábleme usted con franqueza. Mucho disculpa el ardor con que arrastran las pasiones, y un error en ocasiones es disculpa de otro error. Explíquese usted: yo ofrezco...
- JUAN. (¡Traidora!...)
- ELENA. Con que... (Se mira.)
- JUAN. (¡Y qué bella!)
- ELENA. Es un abismo; si en ella me fijo, me desvanesco.)
En fin...

- JUAN. (Como indicando que va á declarar su amor.)
Con toda verdad
voy á explicarme.
- ELENA. (Ya es mio.)
- JUAN. Yo ha mucho tiempo que ansío
conseguir...
- ELENA. ¿Qué?
- JUAN. (Con frialdad.) Su amistad.
- ELENA. ¿Mi amistad?
- JUAN. No he de obtener
nada más ni yo pretendo...
- ELENA. (¡ Vaya... pues no estoy sintiendo
que no me llegue á ofender!)
- JUAN. Y de amistad tan preciosa
codicioso, me di trazas...
- ELENA. ¿Amistad?
- JUAN. (Ni con tenazas
me has de sacar otra cosa.)
- ELENA. (¿ Y ya qué hacer ?) Tal afán,
tanto arrojó, no creí...
- JUAN. (Ya entiendo.) Dios me hizo así,
señora...
- ELENA. Pero, don Juan...
- JUAN. El alma desengañada
de todo...
- ELENA. ¡ Tanto rigor !...
(¡ Jesus ! Yo haciendo el amor
á un hombre ! ¡ Estoy abrazada !) (Se levanta.)
Con que tan osada accion
no se disculpa siquiera
con el pretexto?...
- JUAN. (Con pasion creciente.) ¡ Ob ! No fuera
pretexto en mí la pasion.
Una mujer en mi idea
fija está...
- ELENA. ¿Quién?

- JUAN. Y no siento latido ni pensamiento de que ella móvil no sea. Más qué mucho, si en su ser amor invencible habita y hasta el aire que ella agita se estremece de placer. Si...
- ELENA. (Interrumpiéndole con impaciencia.) Bien, bien; pero ese ardor dígame usted ¿quién lo inspira? Ella ¿quién es?
- JUAN. (Esto es ira que se disfraza de amor.)
- ELENA. (¡Y no acaba!) En fin le inflama el amor...
- JUAN. Y él me ha guiado.
- ELENA. Con que usted enamorado.
- JUAN. ¡Ah! sí.
- ELENA. Con que usted me ama!
- JUAN. ¡Señora! ¿Quién lo imagina! Yo respeto su decoro. Es Paulina la que adoro.
- PAULINA. ¡Ah! (Escondida.)
- ELENA. (¡Qué vergüenza!)
- JUAN. Es Paulina. La amistad de usted me halaga porque proteja mi amor.
- ELENA. (¿Qué me pasa?)
- JUAN. Y si un favor con otro favor se paga, yo, para que usted intento evitarlo, le diré que su esposo...
- ELENA. ¿Cómo? ¿Qué!...
- JUAN. La engaña. (Saca una carta.)

- ELENA. ¡Esto más!
- SEGUNDO. (A Diego.) Detente.
- ELENA. ¿Qué prueba?... (Juan le entrega la carta abierta.)
Su letra, sí.
- JUAN. Escrita á Pap.
- ELENA. Me ha vendido!
- SEGUNDO. Espera. (Deteniendo á Diego en la puerta.)
- JUAN. Siento ruido.
- Ya hablaremos. (Se dirige á la puerta de salida.)
(En el fondo dándole la mano á Juan.)
- PAULINA. ¡Ah!
- JUAN. ¿Tú aquí? (Salen todos.)
- DIEGO. Dame esa carta. (A Elena.)
- ELENA. (Llena de ira.) No digas
nada, nada. (Se dirige á su habitación.)
- DIEGO. (Siguiéndola.) Pero, Elena,
¿tú piensas?
- ELENA. ¡Calla!
- JUAN. De buena
me he escapado! (Sale.)
(Paulina baja al proscenio.)
- ELENA. No me sigas.
(Entra en su habitación.)
- DIEGO. Yo... (Disculpándose con Segundo.)
- SEGUNDO. No es tan grande el oprobio.
Quién no tiene?... (Sigue á Elena.)
- DIEGO. (En medio de Paulina y la Señora 1.ª)
Vive Dios
que no le escrito.
- SEÑORA 1.ª (Cae ironía.) ¿Con que dos?...
(Entra en la habitación de Elena.)
- PAULINA. ¿Y acusabas á mi novio?
(Entra en la habitación de Elena.)
- DIEGO. ¡Qué es esto! ¿qué infame lio?...
¡Oh! Yo le voy á romper...
(Se dirige á la puerta por donde salió Juan.)

SEGUNDO. ¡ Agua!... (Saliedo de la habitación de Elena.)

Diego. ¿Pues qué?

SEGUNDO. Tu mujer

se ha desmayado.

Diego. ¡ Dios mio!

(Entra en la habitación de su mujer. Las señoras y caballeros, que deben ser pocos, han estado en el centro cuchicheando y señalando á Diego un ademán de burla. Este final debe ser muy rápido, pero sin atropellamiento.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

ELENA.—DIEGO.—PAULINA.—SEGUNDO.—SEÑORAS
Y CABALLEROS.

(Elena á la izquierda del actor, sentada en una butaca. Don Segundo, señora 1.^a y caballero 1.^o en el centro. Diego y Paulina á la derecha. Todos de pié menos Elena. Señoras y caballeros sentados y hablando en el fondo.)

PAULINA. Vamos, conténtala Diego...

DIEGO. ¿Pero no ves que se niega
á escucharme?

PAULINA. ¿No es posible,
es verdad, que tú la ofendas?
Y esa carta...

SEÑORA 1.^a ¿Estés mejor?

ELENA. No tengo nada: estoy buena:
muy buena.

SEÑORA 1.^a Como tan pronto
abandonaste la mesa,
pensé que te repelía...

ELENA. Pues nada, no.

SEÑORA 1.^a (A Segundo.) Qué sardesca
se ha vuelto.

SEGUNDO. Creyó que el otro

estaba muerto por ella,
y encontrarse...

DIEGO. (Hay que tomar
un partido.) (Tira de un llamador.)

SEGUNDO. (A Elena.) Usted se entrega
á los pesares, y...

ELENA. (Sólo
me falta que ésta pretenda
consolarme.)

SEGUNDO. (A río revuelto...)

DIEGO. (He de hablar...)

GIL. ¿Señor?... (Sale ahora.)

DIEGO. (Dudoso.) Espera.

PAULINA. ¿Qué meditas? (A Diego.)

SEGUNDO. Y estas cosas
una mujer las desprecia...

ELENA. ¿Más que yo?

SEGUNDO. Las disimula:
y si le hieren, se venga
de otro modo.

ELENA. (¿No lo dije?)

GIL. (Ya está don Segundo cerca
del ama.)

PAULINA. Voy á servirte
de embajadora.

DIEGO. Vé.

(Se acerca Paulina á Elena y Segundo á Diego.)

PAULINA. ¿Elena?

ELENA. (¿Otra?)

SEÑORA 1.ª La rabia tollida (En el centro.)
es la que más atormenta.

CAB. 1.ª No ha podido desahogarse
con él... El chasco...

SEGUNDO. (Deteniendo á Diego.) Ten fiema;
ella, si te humillas...

GIL. (Este

- don Segundo me rebienta)
- PAULINA. Bien sabes que siempre he estado de tu parte; pues en esta ocasion digo que debes oírle.
- ELENA. Sí. Tiempo queda.
- PAULINA. Oyele: por ser tus días.
- ELENA. ¡Felices!
- PAULINA. Las apariencias nos engañan de tal modo!...
- ELENA. Pues ¿quién lo duda?
- PAULINA. Recuerda que yo, no há mucho, me hallaba afligida, medio muerta de angustia: y ya estoy tranquila. Digo, si tú lo estuvieras.
- ELENA. Es verdad.
- PAULINA. Ya viste; todos nos engañamos.
- ELENA. (Riendo.) La escena fué deliciosa...
- PAULINA. (Se rie: bueno: por algo se empieza.
- ELENA. (Si acabarán!...)
- DIEGO. ¿Qué te ha dicho?
- PAULINA. Ya te la dejo dispuesta.
- SEGUNDO. (¡Hola!...) (Después de oír lo que dice Paulina.)
- DIEGO. ¿Sí?
- SEGUNDO. (Pasando junto á Elena.) ¿Con que ya luce el iris de paz?
- ELENA. (¡Oh!)
- GIL. (Observando á Segundo.) Vuelta.
- DIEGO. ¿Es posible?... (Acercándose á Elena.)
- ELENA. (Levantándose llena de ira.) ¿A que me voy de casa?...
- DIEGO. ¡Mujer!

- PAULINA. ¡Prudencia!
- SEGUNDO. ¿Qué es esto? (Todos se acercan á Elena.)
- SEÑORA 1.ª ¿Vuelve el desmayo?
- ELENA. Nada. ¿No me veis serena?
(¡Oh! qué martirios impone
la sociedad. Si pudiera
dar gritos... ó echar á todos
por un balcon!...)
- SEÑORA 1.ª La marea
no baja.
- DIEGO. (Aparte á Paulina.) Sácalos, niña.
- PAULINA. ¿Vamos á dar una vuelta
por el jardín?
- CAB. 1.ª Si; la noche
nos convida. (Salen segunda izquierda.)
- GIL. ¿A que se queda
don Segundo?
- SEGUNDO. (A Elena.) ¿Usted no baja?
- GIL. (¿No lo dije?... Y la camela
que yo lo sé... y se lo espeto
á mi señor.)
- SEÑORA 1.ª (A Diego) Buena pieza,
ten otra vez más cuidado
con tus cartas.
- DIEGO. (No hay falencia:
yo soy un gran libertino,
sin sospecharlo siquiera.)

ESCENA II.

ELENA.—DIEGO.—SEGUNDO.—GIL.

- DIEGO. (¿Y qué hacer?... No hay mas recurso.)
¿Gil?
- GIL. ¿Señor?
- DIEGO. Ahora te llegas...

- GIL. ¿A dónde?
- DIEGO. Al cuarto de enfrente.
- GIL. (Y el otro reza que reza.)
¿Y qué digo?
- DIEGO. Ya conoces
á don Juan.
- GIL. Sí, por más señas (Mirando á Segundo.)
que unos tienen mala fama
y otros callandito...
- DIEGO. ¡Bestia!
- GIL. ¿Lo dices por mí?
- GIL. (Sorprendido.) Señor... (Pausa corta.)
¿Qué digo á don Juan?
- DIEGO. Le esperas
si no está allí.
- GIL. Y ¿qué le digo,
si está allí?
- DIEGO. Que se detenga,
es decir, que haga el favor
de esperar, que me interesa
hablar con él y al instante
voy á verle.
- GIL. Bien.
- DIEGO. Que vuelvas
con el aviso. (Es forzoso
cortar por lo sano.) ¿Elena? (Con resolución)
- ELENA. ¿Estás inspirado? ¿Tienes
otra feliz ocurrencia
como la de marras?
- DIEGO. Tengo...
- salte. (Aparte á Segundo.)
- SEGUNDO. Y haya paz: no creas
que es alusión á la prójima.
- DIEGO. ¡Tú también!...

ESCENA III.

ELENA.—DIEGO.

ELENA. ¡Qué mal te sienta
la opinion que has adquirido
de seductor!

DIEGO. ¿Tú deseas
desesperarme?... ¿Tú quieres
que me aborquee...

ELENA. ¡Ay Dios! ¡qué pena
para doña Paz!

DIEGO. Te he dicho,
te repetiré doscientas
veces; despues de casado
yo no he escrito ni una letra
de amor, excepto las cartas
que has recibido en mi ausencia.

ELENA. ¿Y qué más?

DIEGO. Deja que mire
la fecha.

ELENA. No tiene fecha,
que no rige el Almanaque
á las pasiones violentas.

DIEGO. Si me parece imposible
que estés celoso.

ELENA. Y aciertas
en eso. Desde este instante
puedes hacer lo que quieras.

DIEGO. ¡Mujer!...—Sabes que esta noche
me marcho...

ELENA. Noticia fresca.

DIEGO. Que he de estar dos ó tres dias
ausente...

ELENA. ¿No más?

- DIEGO. Y ¿dejas
que yo salga de mi casa
de este humor?
- ELENA. ¿Me quieres tierna?
Vete á despedir de...
- DIEGO. ¡Oh!... Dame
la carta.
- ELENA. No.
- DIEGO. ¿Te deleita
mi culpa? ¿es verdad? Te agrada
acariciar tus ofensas;
porque quieres...
- ELENA. Sólo quiero
que me dejes.
- DIEGO. Porque anhelas
tener un pretexto siempre
para apurar mi paciencia;
para estarme achicharrando
la sangre!...
- ELENA. No te enfurezcas.
¿Tendré yo que contentarte,
Dieguito?
- DIEGO. (Calmándose.) Vamos, Elena...
- ELENA. ¿A dónde?
- DIEGO. Tengamos calma;
probemos que nos gobierna
la razon. ¿Cuándo he dejado
de smarte? Dime: ¿qué pruebas...
¿No me has visto... hasta celoso
del aire que te rodea?
- ELENA. ¡Pues si eso es lo que me enciende
en ira! Mientras yo necia
y renecia! no hay capricho
ni sandez á que no acceda...
vaya... y todo lo sufría
creyendo muy satisfecha

que amor como siempre es niño
siempre tiene impertinencias.

•Elena, no cuides tanto
tus galas...—Pues galas fuera.

•Elena, que no saludes
á don...—Pues me haré la sueca.

•Que no inires...—Pues no miro.

•Que no visites...—Pues quieta.

DIEGO.

Pero, mujer...

ELENA.

Pero calla.

¿No es esto verdad? ¿Son estas
visiones? ¿No me he dejado
contagiar de tus simplezas,
hasta imaginarme vana
que un hombre me galantea,
me ofende... y hasta prestarme
á tu venganza grotesca?

¿Qué más? hasta requerirlo
de amores, para que él tenga
que excusarse y defenderse
de mí, ¡de mí! y en presencia
de... vaya... sólo al pensarlo
áun me abrasa la vergüenza!

DIEGO.

¿Y no ves en todo?...

ELENA.

Y todo

¿para qué? para que sepa
con risa Madrid entero
que él es traidor y yo ¡ciegal
Pero...

DIEGO.

ELENA.

Que infiel y celoso
me ofende á un tiempo y me ceta
Corito, dentro de casa;
libertino, fuera de ella;
su mujer muy guardadita,
y él detras de las ajenas.
¿No es esto? Pues mira, hijo...

DIEGO. ¡Por Dios!...
 ELENA. De hoy más vida nueva.
 Tú harás lo que te se antoje,
 yo haré lo que me convenga.
 Me vestiré muy pomposa;
 saludaré muy risueña;
 hablaré, saldré, veré...
 DIEGO. ¡Oyell...
 ELENA. ¡Libertad completa!...
 DIEGO. ¡Por Cristó!!
 ELENA. Basta y rebasta
 y tómalo como quieras.

ESCENA IV.

DIEGO.

No sé que es peor: tener
 yo celos ó que los tenga
 mi mujer. ¡Ay! Pero ¿cómo (Se deja caer en una butaca)
 se ha formado esta tormenta?
 ¿Por dónde vino?... ¿Qué carta
 de mil demonios es esa?
 Ese don Juan... Y he de hablarle
 sin... (Levantándose con ira.)
 ¡Calma! Si armo quimera
 con él, dirán... ¿quién lo duda?
 que Paz es la causa; y queda
 mi fama de libertino...
 Pues digo... Si de esta hecha...
 Y mi hermano en Alicante
 esperando... Que se pierda
 todo... Sí; yo no me voy
 hasta ver... ¿Abren la puerta?
 Será Gil. (Se dirige á la puerta por donde salió Gil.)
 ¿Le has encontrado?

ESCENA V.

DIEGO.—JUAN.

- JUAN. Y aquí viene.
- DIEGO. (Retrocediendo.) ¡Ah!
- JUAN. Usted desea
hablarme...
- DIEGO. No era mi objeto
causar á usted la molestia...
- JUAN. Hoy no reciben los tíos
de Paulina: en la escalera
no me pareció prudente
esperar.
- DIEGO. Bien. (Se sienta.) (Dios me tenga
de su mano.) (Pausa.)
- JUAN. Usted dirá.
- DIEGO. Don Juan... aunque solo sea
de oídas, ¿usted no sabe
que el bien, que la paz doméstica
de una familia, son cosas
que todo el mundo respeta?
¿No ha llegado á su noticia?...
Don Diego, y usted que muestra
tanta rectitud, ¿no sabe
que cuando un hombre profesa
amor entrañable y casto
á un alma de quien espera
la paz, la dicha, esos bienes
que usted con razón celebra;
este hombre tiene derecho
á que nadie se entretenga
en crear inconvenientes
á su esperanza suprema?
¿No ha llegado á su noticia?
- JUAN.

DIEGO. No entiendo...
 JUAN. Usted ¿no recuerda

una tarde que ahí enfrente
 dijeron, por incidencia,
 que amo á Paulina, y usted
 dijo que primero muerta
 que unida conmigo?

DIEGO. ¿Yo?

JUAN. Usted.

DIEGO. Yo... tengo una idea...

Allí sin nombrar á nadie,
 dijeron que un calavera
 la amaba y... no sé qué dije;
 manifesté mi sorpresa
 desagradable.

JUAN. Y usted

que ejerce tanta influencia
 en la casa, de ese modo
 ha labrado una barrera...

DIEGO. ¿Y es razón? (Levantándose.)

JUAN. Si cuando estoy

ofendido, Paz me cuenta
 que usted la acusa...

DIEGO. ¡Mujer

abhorrecible!

JUAN. Y me entrega

un billete...

DIEGO. ¿Ese billete?

JUAN. ¿No es natural que pretenda
 vengarme?

DIEGO. ¿Pero esa carta?...

JUAN. La entregué, creyendo cierta
 la infidelidad.

DIEGO. Si yo...

JUAN. Paz me engañó.

DIEGO. Si es perversa...

- JUAN. Hasta que despues me ha dicho,
celebrando su agudeza,
que usted, cuando era su novio
le escribió...
- DIEGO. Y esa es mi tema.
(Dirigiéndose instintivamente á la puerta por donde entró Elena.)
¿Ela?... (No: si yo la llamo
no vendrá...) Don Juan es fuerza
que usted explique...
- JUAN. (Ya es mio.)
- DIEGO. ¡Todo!...
- JUAN. Al momento: y me pesa...
- DIEGO. ¡Ya respiró!...
- JUAN. Mas... soy franco,
cuando imagino que intentan
arrebatar-me el amor
de Paulina, mi cabeza
se enciende, me ofusco y... vaya
no es fácil que usted comprenda...
- DIEGO. ¿No he de comprender... si yo
soy lo mismo? Que se sepa
la verdad...
- JUAN. Si estoy ansiando
declararla...
- DIEGO. (¡Que no venga
mi mujer!...)
- JUAN. (Suplicante.) Pero, don Diego,
amo á Paulina; no vuelva
á oponerse...
- DIEGO. Amela usted,
ámela usted. No se encuentra
más digna!... Si es un pedazo
de cielo.
- JUAN. Ahí sí.
- DIEGO. ¡Y qué discretat!...
y cómo encantan unidos

el talento y la inocencia!...
 ámela usted.

JUAN. El afecto
 paternal que usted demuestra
 á mi amada, me hace esclavo
 de usted. (Dándole la mano.)

DIEGO. (Pues ama de veras.)

JUAN. (Ya no duda.)

DIEGO. Si los hombres
 hasta que se ven de cerca,
 se juzgan mal y se hacen
 mil injusticias.

JUAN. Hoy cesan.

DIEGO. Ya me encuentro yo más franco
 con usted; ya sin reserva
 también le digo que adoro...

ELENA. ¿Si aún estará?... ¿Quién?

JUAN. Elena.

ESCENA VI.

DIEGO.—JUAN.—ELENA.

DIEGO. Explíqueme usted...

JUAN. Señora...
 vengo á aliviar mi conciencia
 de un peso...

ELENA. ¿Vive en mi casa
 su confesor?

JUAN. Vive en ella
 quien puede sufrir el daño
 de mi... La carta funesta
 que Paz me entregó, envidiosa
 tal vez de la dicha ajena,
 he sabido, y yo lo juro,
 que no redundará en ofensa

de usted, pues siendo soltera,

(Señalando á Diego.)

la escribió. Paz lo confiesa
y por cierto haciendo alarde
de su aguda estratagemas.

(Movimiento de ira en Elena.)

Yo siento mucho y... ya he dicho
la causa de mi imprudencia.

Perdóneme usted, señora,
si es bien que perdon merezca
el que confiesa su falta
y se arrepiente y la enmienda.

(Es muy honrado...)

DIEGO.

JUAN.

El esposo

de usted no es fácil que quiera
ni á Paz, ni...

DIEGO.

(Pasado al lado de Elena.) Si eso es más claro
que la luz! ¿Ves mi inocencia?
¿ves que yo?...)

ELENA.

(Calla.) A pesar

de las Paces y las guerras
mi esposo no necesita
de que nadie le defienda,
porque yo nunca he dudado
de su amor.

DIEGO.

(¿Hablas de veras?)

ELENA.

Y extraño que haya mujeres
tan procaces que pretendan
turbar... Pero ¿quién lo extraña,
cuando hay hombres que se prestan?...)

DIEGO.

(¡Mujer!...)

JUAN.

Ya dije... (Está herida
en su amor propio.)

ELENA.

(¡Oh! no crea...)

¡Eh!... se acabó... Yo no soy
rencorosa.

DIEGO. (Respirando.) ¡Ah! Dame, suelta...

ELENA. ¿Qué te he de dar?

DIEGO. Ese escrito
del diablo.

ELENA. ¡Ah! Sí...

(Se registra el bolsillo: lo saca y se lo da.)

JUAN. Yo quisiera...

DIEGO. ¿Qué, don Juan?

JUAN. Tener el gusto
de reducirlo á pavesa
por mi mano; ya que he sido
instrumento... (Coge una vela.)

ELENA. (A Diego que va á abrirlo.) No lo leas.

DIEGO. ¿Yo?... Quémelo usted. (Se lo da á Juan que lo quema.)

ELENA. (Aparte á Diego.) Y ¿cómo
viene aquí?...

DIEGO. Pues no me pesa:
ya te explicaré... ¿Tú sabes
la horrible ansiedad, la pena?...

ELENA. Y tú solo ¿no podías
convencerme?...

DIEGO. ¡Buena es esa!...

¡Si estabas furiosa!...

ELENA. ¡Simple!...

si ya estaba yo deshecha
por convencerme...

DIEGO. (Tomándole una mano.) ¡Ah! ¡Mi gloria!...

JUAN. (¡Qué mujer!...)

(Embelesado mirando á Elena con la vela en la mano.)

DIEGO. Pero tú piensas
que yo... ¿No ves en mis ojos
un alma siempre sedienta
de...

ELENA. Ya pasó.

DIEGO. ¡Te daría

diez mil abrazos!...

- ELENA. No seas
tonto, ¿volverás pronto?
- DIEGO. Sí, mi bien: y si te empeñas
no me voy.
- ELENA. (Arreglándole la corbata.) No: yo te quiero
juicioso.
- DIEGO. (Abrazándola.) ¡Bendita seas!
- ELENA. ¡Eh!...
- DIEGO. ¿No tendremos?...
- ELENA. Ya nunca.
- DIEGO. Con que... ¡Suelta usted la vela
don Juan!...
- JUAN. ¡Ah! si... (La deja.)
- DIEGO. Mientras sirven
el té, voy á hacer que venga
Paulinita... ¡Eh!
- JUAN. Muchas gracias.
- DIEGO. Y voy, aunque estoy de prisa,
pues salgo dentro de poco
para Alicante...
- JUAN. (¡Se ausenta!...)
- DIEGO. Voy yo tambien por mi parte...
Hasta luego.
- JUAN. (¿Qué proyecta?)

ESCENA VII.

JUAN.—ELENA.

- ELENA. (Este hombre...) (Recelosa.)
- JUAN. (Entro en la casa;
él se va...)
- ELENA. (¿Será sincera
su conducta?)
- JUAN. (¡Me parece
que sueño!...)

ELENA. (Y me da vergüenza
de mirarle. ¿Qué habrás dicho
de haberme visto tan tierna?)
JUAN. (Está ofendida...) Señora,
yo... (Se detiene al sentir los pasos de Paulina.)
ELENA. ¿Qué?...
JUAN. Que Paulina llega.

ESCENA VIII.

JUAN.—ELENA.—PAULINA, que trae un libro pequeño en
la mano.

ELENA. (Este don Juan... este.)
PAULINA. (A Juan dándole la mano.) ¡Oh gracias!
JUAN. ¿Y por qué?
PAULINA. Por tu accion buena.
De todo lo bueno que haces
corre solo por mi cuenta
la gratitud.
JUAN. ¿Qué librito
es eso?
PAULINA. ¿No te avergüenzas?
Yo lo he comprado y es tuyo.
JUAN. Lo agradezco.
PAULINA. ¿Te conserva
rencor? (Por Elena.)
JUAN. No sé: mas no tiene
motivo...
PAULINA. ¡Está tan suspensa!
¿Me darás uno firmado?... (Señalando el libro.)
JUAN. Si tal.
PAULINA. Pues dásele á ella.
Desenójala. Yo quiero
que todo el mundo te quiera ;
pero que tú...

- JUAN. Ya adivino
lo demás. Si usted lo acepta,
diré que tiene buen éxito
mi trabajo. (Dándole el libro.)
- ELENA. ¿Qué obra es esta?
- JUAN. Mis versos.
- ELENA. Gracias.
- PAULINA. (Pasando al lado de Elena.) ¡Muy lindos!...
Ya verás... Con que ¿nos deja
Diego?
- ELENA. Esta noche.
- JUAN. (Esta noche...)
- PAULINA. Mi tía también se queda
fuera de casa, velando
á una amiga que está enferma.
Quiero hablarte; veré al tío; (Aparte á Elena.)
me otorgará su licencia
y aquí me quedo.
- ELENA. Tu cuarto
ya hace tiempo que te espera
- PAULINA. Pues vuelvo al instante. Ahora
echo de menos la puerta
que Diego cubrió... (Señalando el armario.)
- ELENA. El viaje
no es tan largo...
- PAULINA. No estés seria
con mi novio. Me parece
que amarle yo no debiera
en tanto que tú le mires
con aversión.
- ELENA. ¡Bah! No creas...
- PAULINA. Esta es mi madre.
- JUAN. ¿Por qué
no hermana?
- PAULINA. Para que pueda
reñirme. Dame tu mano. (A Elena.)

ELENA. Tómala.
 PAULINA. (A Juan.) La tuya. (Las junta.) ¡Ea!...
 Ya sois amigos. Veréis
 qué prontito doy la vuelta.

ESCENA IX.

JUAN.—ELENA.

(Juan besa apasionadamente la mano de Elena.)

ELENA. ¡Ah! ¿Qué es esto?
 JUAN. Que á despecho

de toda humana razon
 te anuncia mi corazon
 que esclavo tuyo lo has hecho.
 Salga por fin de mi pecho
 el tormento que devoro.

ELENA. ¡Don Juan!
 JUAN. De tí sola imploro
 compasion.

ELENA. Madre me llamo
 de Paulina.

JUAN. ¡Yo te amo!

ELENA. ¡Mi marido!...

JUAN. ¡Yo te adoro!

Amor nos presta su escudo:
 ya no hay quien hable ni vea,
 que el mundo que nos rodea
 yo lo he puesto ciego y mudo.
 De aquel agravio tan rudo
 que en mi provecho volví;
 de un amor que yo encendí;
 de amistades mal pagadas,
 de todo formé las gradas
 para llegar hasta tí.

¿Cuándo alcanzaron desvelos
una ocasión tan propicia?
Sin lengua está la malicia
y están sin ojos los celos.
Ya podemos sin recelos
amarnos; ya ese tambor
indica...

ELENA.

¡Quo tengo honor;

que tengo fe que guardar!

JUAN.

Que te enciende á tu pesar
la centella de mi amor.Produce mortal dolencia
amor secreto y profundo,
pero es placer sin segundo
secreta correspondencia.Yo tu amorosa clemencia
de mí mismo ocultaré;
y cuando me haga mi fe
de tanta ventura dueño,
siempre creeré que lo sueño,
pero nunca que lo sé.Corra muda en dulce guerra
la pasión que el alma inunda,
como el agua que profunda
corre debajo de tierra.Cuidadosamente encierra
su intensidad en tu seno,
que el río cuanto más lleno
oculta mejor el fondo,
y á medida que es más hondo
aparece mas sereno.Hay una reja interior
que da al jardín...

ELENA.

(¿Qué desea?)

JUAN.

Sal esta noche, aunque sea
á desengañar mi amor. (Elena quiere hablar.)

¡Silencio! Siento rumor...

Vienen...

ELENA. (¡Mi frente se abrasa!...)

DIEGO. Venid. (Dentro.)

JUAN. ¡El es! Nada pasa;

nada tienes que temer:

¡valor!

ELENA. (¡Este hombre ha de ser

la perdición de mi casa!...)

ESCENA X.

ELENA.—JUAN.—DIEGO.—PAULINA.—Después SEGUNDO.—
CABALLEROS y SEÑORAS.

DIEGO. ¡Albricias, amigo mío!

JUAN. ¿Y de qué? ¿Pues cómo?...

DIEGO. ¡Albriciast

JUAN. ¿Qué pasa?

DIEGO. Que yo también

he deshecho mi injusticia...

vengo de pedir su mano.

JUAN. ¿Su mano?...

DIEGO. Está concedida.

Alégrese usted: mañana

se casa usted con Paulina.

JUAN. ¡Yo casarme!...

DIEGO. Usted. El pobre

¿nunca no comprende su dicha.

¡Un abrazo!

(Don Juan retrocede y se encuentra con Paulina que le roge de la mano.)

PAULINA. Ven, daremos

las gracias...

JUAN. Aparta niña.

¡Y usted sin permiso mío!... (Bruscamente.)

- DIEGO. ¡Cómo!... Pues usted ¿no ansía?...
 PAULINA. (Me desprecia.)
 DIEGO. (Dirigiéndose a Elena.) ¿Ves?... ¿Qué es eso?
 (Reparando en el libro.)
 ELENA. El de don Juan...
 (Elena ha abierto el libro y hace que los para ocultar su turbación.)
 DIEGO. (Las coplitas...
 Y está agitada y él...)
 SEÑORA 1.ª (A Paulina.) ¿Con que
 le casas?...
 ELENA. (¡Dios de mi vida!...)
 PAULINA. (Yo no quisiera caerme
 delante del...)
 SEÑORA 1.ª Pero, chica...
 ¡Ay, qué efecto te produce
 la boda!...
 PAULINA. ¿Qué tontería
 de boda!... Si es una chanza
 de ese... (Por Diego.)
 SEÑORA 1.ª ¿Chanza?
 SEGUNDO. (A don Juan.) Usted reciba
 mi parabien.
 JUAN. Es temprano
 señores. Si todavía...
 SEGUNDO. ¿No dijiste?...
 DIEGO. Fue una broma
 y nada más.
 SEGUNDO. (Observando a todos con recelo.) ¿Sí?
 JUAN. (¡Maldita
 sorpresa! Me vendi. ¿Quién
 no se vende, si le intiman
 orden de casarse?)
 SEGUNDO. (A Diego.) (¡Chico,
 no des bromas tan impías!
 Repara... todos los rostros
 se han aguzado. ¿Vecina?...

GIL. ¡Hola!... (Reparando en el libro.)
 (Saliendo.) Cuando ustedes gusten:
 espera el té.

ELENA. Nos avisan...
 SEGUNDO. ¿Qué lee usted? (Bajo á Elena.)
 GIL. (Por Segundo.) (Ya está á la oreja
 del ama.)

ELENA. ¿Vamos?...
 PAULINA. (¿Qué enigma
 hay aquí?)

ELENA. ¡Valor!... (A Paulina.)
 JUAN. Es fuerza
 enmendar...
 (Se va detrás de Paulina.—Entran segunda derecha.)

ESCENA XI.

DIEGO.—SEGUNDO.—GIL.

SEGUNDO. ¡Eh! Las poesías...
 Ya las estaba leyendo
 tu esposa y ¡qué conmovida!...
 (¡Prudencia!)

DIEGO. (¡Prudencia!)

SEGUNDO. Se las ha dado
 don Juan?

DIEGO. ¿Eso te malicias?

SEGUNDO. Claro.

DIEGO. Pues te engañas.

SEGUNDO. ¿Quién? . . .

DIEGO. Yo.

SEGUNDO. ¿Tú?

DIEGO. Como son tan lindas,
 porque no las deseara...
 Tú...

SEGUNDO. Tú...

DIEGO. Sí.

SEGUNDO. ¡Prudencia inaudita
 en un marido!

ESCENA XII.

DIEGO.—GIL.

- DIEGO. (Si todos
sospecharán...)
- GIL. La berlina
espera á usted.
- DIEGO. (Con ira.) ¡No me marchó!...
¡Vete!
- GIL. Corriendo.
- DIEGO. Oye...
- GIL. Diga
usted.
- DIEGO. (Si habrá conocido
tambien Gil...) ¿Ves qué perfidia
tan infame?...
- GIL. (Ya ha calado
á don Segundo.)
¿Eh?
- DIEGO. No es chica.
- GIL. ¿Tú sabes?...
- DIEGO. Pues ¿soy yo tonto?
Mientras que usted le acaricia
anda que bebe los vientos
detrás de la señorita.
- DIEGO. ¿De Paulina?
- GIL. No, señor.
De mi ama: qué Paulina...
- DIEGO. (¡Canalla!...)
- GIL. (Toma Segundos.)
- DIEGO. Atiende. Y ella... ¿no indica?...
(¡Me cuesta un trabajo hacer
esta pregunta!...) ¿Le mira...
así?... digo...

- GIL. Ya comprendo.
- DIEGO. ¿Y qué? (Con inquietud.)
- GIL. (Con calma.) Vaya unas pamplinas que tiene usted.
- DIEGO. (Con ira.) Y ¿qué quieres decirme?
- GIL. (Enojado.) Que ya estaría en la calle, si no fuera por usted. ¡Buena es la niña!...
- DIEGO. Bien, no riñamos... (Acariciándole.)
- GIL. Y ya ¿no hay marcha?
- DIEGO. Pues ¿quién lo quita?
- GIL. Corre; prepáralo todo.
- DIEGO. Casi está...
- GIL. Para tres días.
- DIEGO. Tú te quedas y...
- GIL. Ya estoy.
- DIEGO. No le perderé de vista.

ESCENA XIII.

DIEGO.

Ella es buena. ¿Qué me toca hacer? Callar. Ya no chisto; que antes por hablar me he visto en un lance... Punto en boca. El... Ya es mi amigo: y no quiebra por mí la amistad: me allano... Yo le pasaré la mano por el lomo á la culebra. Ya quise ponerle el sello de... Se escapó: mas se ofrece nuevo lance y me parece que al fin me salgo con ello.

Si él amable, yo pufido;
 si él fino, yo más que duende
 y creyendo que me vende
 él ha de ser el vendido. —
 No habrá bajeza, malicia,
 ni ruindad que no utilice
 el galán por... Y hay quien dice
 que el marido es... ¡Bah! ¡Justicia!...
 que también los solterones
 hacen papeles... segundos.
 ¡Cuántos van por esos mundos
 moviendo los esquilonest...
 y luego el ponzante apodo
 aplican... ¡Pues han menudot
 (Con ira y dignidad.)
 Cuando es honrado el marido
 del otro es la infamia y... ¡todot
 Vamos... calma, que el sosiego
 es lo que más me conviene.

ESCENA XIV.

DIEGO.—JUAN.

(Gil, durante el monólogo ha entrado con un saco de noche, ha abierto el armario y ha puesto en el sacó un neceser, ropa blanca, etc. Al salir don Juan, se retira por la segunda puerta de la izquierda.)

JUAN. (Es preciso...)
 DIEGO. (El... ¿A que viene
 á contentarme?)
 JUAN. ¿Don Diego?
 DIEGO. ¡Hola! amigo...
 JUAN. Usted no piense
 que á despreciarla me atrevo...
 Dispense usted si...
 DIEGO. Yo debo

- pedir á usted que dispense;
pues me arrojé...
- JUAN. Usted no crea,
Diego...
- DIEGO. (Ya me quita el don.)
JUAN. Que he tenido la intencion
de evadirme...
- DIEGO. ¡Tal idea!...
- JUAN. Aun no amándola, lo haria,
porque usted deje su nombre
bien puesto.
- DIEGO. Juan, y ¿qué hombre
se casa por cortesía?
- JUAN. Mas adelante, repito,
me caso: mas tan de prisa...
- DIEGO. Ni mi intencion era esa;
no hay que apurarse, Juanito.
(Poniéndole la mano sobre el hombro cariñosamente.)
Temí... mas si usted se anima,
me quita usted por quien soy
un peso...
- JUAN. (¡Siempre le estoy
quitando pesos de encima!)
Yo la adoro...
- DIEGO. Claro, y yo
por complacerle...
- JUAN. (Dándole la mano.) En el alma
lo agradezco.
- DIEGO. Ahora con calma...
- JUAN. (¡Qué infeliz...!)
- DIEGO. (Ya me engañó.)

ESCENA XV.

GIL, que trae una cesta y unos papeles en la mano.—Después
ELENA y PAULINA.

- GIL. En la puerta el carruaje;
todo listo.
- DIEGO. ¿Y has guardado?...
GIL. Todo. Esta cesta me ha dado...
DIEGO. Conque, don Juan... (Despidiéndose.)
JUAN. Buen viaje.
GIL. Chocolate va en la cesta
y bizcochos...
DIEGO. (Tomando la cesta.) ¿Van bien puestos?
GIL. Los papeles...
DIEGO. (Tomándolos.) ¿Serán estos?...
ELENA. ¿Gil?
GIL. ¿Señora?
(Diego quiere examinar los papeles y le estorba la cesta.)
JUAN. Si molesta. (Se la toma.)
DIEGO. Muchas gracias, amiguito...
JUAN. Mándeme usted sin cuidado.
DIEGO. (Y me limpiaré el calzado
si se ofrece. Es un bendito.)
JUAN. (Soy de casa.)
ELENA. ¿Diego?
DIEGO. (Pasando al fondo.) ¿Esposa?
ELENA. Mira el saco.
DIEGO. Estos papeles. . . (Metiéndolos en el saco.)
ELENA. Que no dejes como sueles,
olvidada alguna cosa.
JUAN. (Vacila y es necesario...)
ELENA. Vuelve pronto.
DIEGO. Mis deseos
me traerán.

- PAULINA. (A Gil.) No eches arreos
de caza.
- GIL. Pues al armario.
(Les vuelve al armario: entre los arreos hay un cuchillo de monte.)
- ELENA. ¿Y la cesta? ¿Si la habrán?...
JUAN. (Hay que acortar la distancia.)
(Muy reconcentrado.)
- DIEGO. Repara con qué elegancia
la lleva el señor don Juan.
- GIL. Mil gracias. (A Juan tomándole la cesta.)
DIEGO. Gil, al avío.
Me despedireis las dos
de los amigos. ¡Adios!
- ELENA. No tardes. (Sale Diego con Gil.)
JUAN. El campo es mio.

ESCENA XVI.

ELENA.—PAULINA.—JUAN.—Después SEGUNDO.—GIL.
SEÑORAS Y CABALLEROS que no bajan al proscenio.

(Paulina se dirige a la segunda puerta de la derecha por donde salen los convidados.)

- JUAN. ¿Paulina?
PAULINA. (¡Ah!) (Deteniéndose.)
JUAN. Ya no ignoras
que mas tarde...
PAULINA. Si señor.
ELENA. (Contemplando á Paulina.)
(¿Y no he de tener valor
para vengar?...)
JUAN. ¿Por qué lloras?
PAULINA. ¿Yo?... (Para disimular su emocion sale al encuentro de las
señoras y caballeros, que entran ahora en la escena.)
JUAN. Elena?

- ELENA. (Pues... Ahora á mi.)
- SEGUNDO. (Hola!... Formando pareja.) (Por Elena y Juan)
- JUAN. Salto al jardín; en la reja
espero. (Aparte á Elena.)
- ELENA. Sí.
- JUAN. Pronto!
- ELENA. Sí.
- JUAN. (Voy corriendo... Dónde voy?
No es mejor?...)
- SEÑORA 1.ª A Dios, Elena.
- ELENA. A Dios, chicas.
- SEÑORA 1.ª Que estés buena
y contenta.
- ELENA. Ya lo estoy.
- JUAN. (¿A qué he de saltar paredes,
si al salir la gente puedo?...)
- SEÑORA 1.ª ¿Tú te quedas?
- PAULINA. Sí; me quedo.
- SEÑORA 1.ª A Dios.
- JUAN. A los piés de ustedes. (Sale.)
- GIL. ¡Qué remolón!... (Por Segundo.)
- ELENA. ¿Gil?
- GIL. ¿Señora?
- ELENA. Que apaguen...
- GIL. Ya lo he dispuesto.
- ELENA. Saca esas luces.
- GIL. ¿Me acuesto?
- ELENA. Sí.
- GIL. Buenas noches. (Ya es hora.)
- Saca Gil el candelabro que hay en la mesa de la izquierda. Deja en ella la palmatoria con la vela que sirvió á don Juan.

ESCENA XVII.

ELENA.—PAULINA.

PAULINA. ¿Tú comprendes?...
ELENA. Todo. A mi

por deshonrarme se afana
y me cita á la ventana...

PAULINA. ¡Era cierto!

ELENA. Espera allí. (Pausa co. ta.)

PAULINA. (Desconcertada y con abatimiento.)

¿Por qué exige que le ame?

¿Por qué turba mi reposo?

ELENA. Por engañar á mi esposo
con tu amor.

PAULINA. ¡Jesus, qué infame!

ELENA. Perdona...

PAULINA. ¡Dios de mi vida!

ELENA. Que exaspere tu quebranto;

que no se cura sin llanto

y sin dolor una herida.

A mí me espera: tú vas.

PAULINA. (Con que mi amor...)

ELENA. En la reja

que da al jardín. Corre. Deja

que hable primero; verás

cómo se vende.

PAULINA. (¡ Gran Dios!...

la ilusión de mi existencia!...)

ELENA. Allí tu sola presencia

le responde por las dos.

Mírale allí confundido,

burlado y sin esperanza:

véngate, que la venganza

te hará fácil el olvido.

- Véngate del puro amor
que te ha sabido usurpar.
- PAULINA. ¡Si voy á echarme á llorar,
Elena!...
- ELENA. Niña, ¡valor!...—
vó...
- PAULINA. ¡Jamás! ¿Yo verlo?... ¡No!
Ni áun para hacerle una ofensa.
- ELENA. ¡Ah! ¡Por Dios!... Mira que él piense
que quien le cita soy yo.
¿Pretendes que infiel me crea?...
¿Que publique?...
- PAULINA. ¡Ah! si se trata
de tu honor, entónces...
- ELENA. (Dándole la palmatoria.) Mata
la luz, ántes que te ves.
- PAULINA. Se acabó...
- ELENA. ¡Verás qué fiel
espera!
- PAULINA. (Enjugándose los ojos.) Voy en seguida.
- ELENA. Y no llores...
- PAULINA. En mi vida
verás que lloro por él.
- (La escena queda iluminada sólo por el quinqué que hay en la mesa del centro.)

ESCENA XVIII.

ELENA.

El tiempo reparador
curará el mal que padeces.
Hay tantas... Tan pocas veces
se logra el primer amor!— (Pausa.)
Mientras cse en el garlito
su autor, los versos leeré (Coge el libro.)

y cómo miente sabré
 de palabra y por escrito.
 ¡Qué bien el pérfido amante
 encuaderna sus mentiras! (Abre el libro.)
 «Quisiera ser el aire que respiras
 para entrar en tu pecho á cada instante!»
 ¡Qué sutil! (Pasa algunas hojas y sigue leyendo.)

ESCENA XIX.

ELENA.—JUAN.

JUAN.

¡Fortuna loca!...
 Nadie me ha visto esconder.
 Esto es mejor que tener
 la reja junto á la boca.
 Todo yace en derredor
 de sombra y sueño cubierto.
 Ella en vela; yo despierto
 y más despierto el amor.
 En el cuarto de la reja
 me aguarda. (Se adelanta.) ¡Ah! sola... y me tiene
 en sus manos... (Reparando en el libro.)

ELENA.

Entretiene
 y da miedo esta conseja.
 «No lo esperes, no podrás (Leyendo.)
 de mi olvidarte jamás.
 «Acudiré donde acudas,
 como las sombras que mudas
 van de la noche detrás.
 (Don Juan se va acercando sin hacer ruido.)
 «Siempre escucharás mi acento
 y en tu mismo pensamiento
 me encontrarás escondido!...»
 Y aquí...

JUAN.

ELENA.

Jesús! (Levantándose de pavorida.)

JUAN.

He venido
á cumplir mi ofrecimiento.
(Repara en la expresion de espanto de Elena.)
Yo soy...

ELENA.

¡Aparta!... ¡Gran Dios!...
¡Yo sueño... Yo desvarío!...

JUAN.

No; que es verdad, amor mio,
la ventura de los dos.
Sin ser visto me escondí;
y á oscuras...

ELENA.

¡Dios soberano!...

JUAN.

Amor con su propia mano
me ha conducido hasta aquí.

ELENA.

¡Perdida soy!...

JUAN.

Ten prudencia...

¡Que así mi vista te asombre!...

ELENA.

(Desesperada.) ¿Y quién creará que este hombre
entró aquí sin mi licencia!...

JUAN.

Si me has citado ¿qué ves
que te asuste?

(Suena un repique fuerte y breve y un golpe en la puerta de la calle.)

¿Ese ruido...

es aquí?

ELENA.

¡Sí: mi marido!

JUAN.

¿No está ausente?...

ELENA.

El es... él es...

Yo muero...

JUAN.

(¿Y cuándo llegó?...)

ELENA.

¿Qué hacer?...

JUAN.

¿Por dónde camino?...

ELENA.

Si le escondo, me acrimino;
si se encuentran... ¡ah! ¡no!

(A don Juan que se dirige á la habitación de Elena.)

¡No!

JUAN.

¿Por aquí? . . . (Segunda derecha.)

ELENA. Si.
 UNA VOZ DENTRO. Gil, despierta.
 ELENA. Tampoco...
 JUAN. ¿Dónde ocultarme?...
 ELENA. Aquí... Despues.. *(Levantando el tapete de la mesa.)*
 JUAN. ¿Yo arrastrarme
 por el suelo?...
 ELENA. ¡Abren la puerta!...
 Hágame usted la merced...
 JUAN. ¡Yo arrastrarme!...
 ELENA. ¡Oh!...
 Me resigno.
 ELENA. ¡Pronto! ¿Qué sitio es indigno
 del que entra aquí como usted?

ESCENA XX.

ELENA.—DIEGO.—JUAN, debajo de la mesa.

Despues... ¡Que Dios me ilumine!...
 Mas ya sube... ¿Quién le ha abierto?
(Coge el candelabro que está sobre la mesa y se dirige á la puerta.)
 No puedo... *(Deja el candelabro sobre la mesa de la izquierda.)*
 DIEGO. ¡Todos dormidos!
 Y si no es por el portero...
 ELENA. ¿Diego?...
 DIEGO. ¡Elena!... Más ¿qué tienes?
 Estás asustada.
 ELENA. Cierto.
 ¿Vienes malo?
 DIEGO. No, hija mia.
 Sosiégate.
 ELENA. ¿Por qué has vuelto?
 DIEGO. Hallé á nuestro apoderado:
 va allá... sabe como pienso

en este asunto... Le dije
lo que ha de hacer y... Confieso
toda la verdad: sentía
una angustia, un desconsuelo
que á medida que de casa
me alejaba, iban creciendo;
y animado con el otro
me dije: «á casa me vuelvo.»
¿Qué tal?

ELENA. Pues mira, suceda
lo que suceda, me alegro.

DIEGO. ¿Qué ha de suceder?

ELENA. (Cambiando de tono.) ¿No dices
que era importante en extremo...
el asunto...

DIEGO. Mas va el otro...

ELENA. ¿No te recoges?

DIEGO. No: quiero
dejar escritos dos partes
telegráficos y luego
despertar á Gil y...—¿Ibas
á acostarte?

ELENA. No: aqui tengo
á Paulina...

DIEGO. ¿La has traído
por no estar sola? Bien hecho.
¿Sabes que estoy tan cansado
como si hubiera en efecto
(Sentándose sobre la mesa del centro.)
viajado mucho y te miro
con tanto placer que creo
que vengo de dar la vuelta
al mundo?

ELENA. No pierdas tiempo.

DIEGO. Mira; es muy supersticioso
el amor: no entiendes de eso,

porque no me quieres tanto
como yo.

ELENA.

¡Que no te quiero!...

DIEGO.

¿Mucho?

ELENA.

Quisiera ahora mismo

que estuvieras en mi pecho:

Dios es testigo: Dios sabe

que eres el único objeto...

Diego, por piedad, no dudes

de mí ni un solo momento!

DIEGO.

¡Bendita sea la luz (Abrazádola con efusión)
de mi alma!

ELENA.

Vamos... presto...

DIEGO.

Sí, sí: voy a despachar...

Recógete.

ELENA.

(Señalando su habitación.) Allí hay tintero.

(Entra Diego en la habitación de Elena.)

JUAN.

¡Aunque muera!... (Saliendo.)

ELENA.

Por allí... (Primera derecha.)

Pronto. (Vase don Juan.) (¡Protéjame el cielo!)

Siento en el alma los pasos

de los dos... (Se oye ruido de algún mueble que cae en el cuarto
donde entró Juan.)

¡Ay!... Ese estruendo...

Vamos... si es inevitable...

¿Habrá oído?...

DIEGO.

(Volviendo.) ¿Elena?

ELENA.

(¡Diego!)

DIEGO.

¿Has escuchado el ruido?...

ELENA.

Sí; me parece...

DIEGO.

Y ¿qué es eso?

ELENA.

Será... (Se oye un ruido mayor.) ¡Ah!

GIL.

¡Ladrones!...

ELENA.

Detente.

GIL.

¡Ladrones! (Saliendo.)

ELENA.

(¡Ya no hay remedio!...)

ESCENA XXI.

ELENA.—DIEGO.—GIL que sale segunda derecha.

DIEGO.

Di... (Deteniendo á Gil.)

GIL.

(Muy agitado.) Yo... me dijo la Petra que estaba usted de regreso: comienzo á vestirme; salgo al pasillo; oigo un estrépito y miro salir un hombre de aquí... se me acerca; suelto la luz y corro... Mas ya si usted quiere que... (Haciendo ademán de volverse.)

DIEGO.

No; quieto.

¿Has cerrado bien la puerta que da al jardín?

GIL.

Por expreso

mandato de la señora.

DIEGO.

Pues no han de salir... corriendo...

GIL.

¿Dónde voy?

DIEGO.

Guarda la puerta

de la calle: esa sospecho que han falseado.

GIL.

(Saliendo.)

¡Ladrones!

¡Ladrones! (Llaman á la puerta de la calle.)

ESCENA XXII.

DIEGO.—ELENA.—PAULINA segunda derecha.

PAULINA.

¡Jesus que miedo!

DIEGO.

Paulina?

PAULINA.

Quién es?...

DIEGO.

¿Te asustas

tambien de mí?

- PAULINA.** (Abrazándolo.) No, me alegro de tu vuelta. Tropezó conmigo... Dios me dió esfuerzo para venir... Y me ha hablado, y aquella voz...
- DIEGO.** (Abriendo el cajón de la mesa de la izquierda.) Yo prometo que el ladrón que entra en mi casa...
ELENA. Qué buscas?...
PAULINA. (Aquel acento!... El suyo... No hay duda... Estaba con ella...) (Diego saca una pistola.) Yo te lo ruego...
ELENA. ¡Tú exponerte!
DIEGO. Suelta.
PAULINA. Ahí no!... matarle no!
GIL. (Dentro.) Subid presto.
ELENA. (Oh! qué escándalo, Dios mío!)

ESCENA XXIII.

Dichos.—GIL, un sereno y el portero.

- DIEGO.** Vosotras á ese aposento os retirais... Por aquí... (Primera derecha.)
Dad la vuelta: (A Gil y los otros.) yo me quedo guardando aquella. (Segunda derecha.)
GIL. Seguidme.
(Entran Gil el sereno y el portero, por la primera puerta de la derecha del actor.)
ELENA. Ven con nosotras...
DIEGO. ¡Qué miedo ni qué demonios!... Entrad pronto! y cierra.
(Llevándolas á la habitación de Elena.)

ELENA.

(Yo me entrego
en manos de Dios!...)

DIEGO.

Ahora...

No le queda más remedio.

Saldrá la res perseguida

por aquí y aquí la espero.

(Se pone enfrente de la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA XXIV.

DIEGO.—JUAN.

JUAN.

Esto á mí!...

DIEGO.

(Apuntándole.) Quieto! Esa cara!...

JUAN.

Oye!...

DIEGO.

Ladron de mi honra!...

JUAN.

Tú!... (Levantando de nuevo la pistola.)

Mi cadáver deshonra

dos mujeres.

DIEGO.

Oh!...

JUAN.

Dispara.

DIEGO.

Pronto! aquí!... (Lo encierra en el armarío.)

ESCENA XXV.

DIEGO.—GIL, el sereno y el portero. — Despues ELENA
y PAULINA.

DIEGO.

¡Se ha vuelto loco
este infame ó es culpada
ella!...

GIL.

Señor? (Saltando.)

DIEGO.

Nada... nada.

Le habeis hallado?

GIL.

Tampoco.

DIEGO.

Acaso esté todavía...

- GIL. Si todo se he registrado.
 DIEGO. Pues entónces se ha escapado
 (En voz alta y procurando que lo oigan Paulina y Elena.)
 ó tal ladron no existia.
 GIL. Si yo he visto l...
 DIEGO. Pues no ves
 que no existe? Dónde está? (Salen Paulina y Elena.)
 ELENA. ¿Que se ha escapado?
 DIEGO. Aunque ya
 comprendo el caso cuál es.
 Alguno que se alarmó...
 Yo en mi casa entré de un modo
 inesperado... y de todo
 el estruendo he sido yo
 la causa...
 GIL. ¡Cosa más rara!
 (Sale con el screen y el portero.)
 DIEGO. (Si ella pensara en mi ruina
 no trajera aqui á Paulina
 y él seguro se escapara.)
 ¿No salió?... (Observando la fisonomia de Diego.)
 Sin duda alguna.
 PAULINA. (Si yo...)
 DIEGO. (Idem.) ¿No le has visto?
 PAULINA. Justo.
 ELEN. Can que... desechad el susio
 y á su cuarto cada una.
 (¿Y cómo?...)
 PAULINA. (¡Ese hombre crue
 de cuántos modos me asombró!)
 DIEGO. (¿Es posible?...) (Mirando á Elena.)
 ELENA. (Cada sombra
 se me figura que es él.)
 (Paulina entra en la primera habitacion de la derecha; Elena en la
 cuya.)

ESCENA XXVI.

DIEGO.

Yo sabré sin dar un grito
si ella intenta deshonrarme.
Y en tanto...

(Echa la llave del armario y la quita.)

bueno es quedarme
con el cuerpo del delito.
(Da un golpecito con la llave en el armario y dice)

Yo me acuesto: si hay ruido
mando el armario quemar.
Abur... No siempre ha de estar
en ridiculo el marido.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

GIL.—SEGUNDO.

(Gil aparece dormido en una butaca. Despues de una larga pausa sale don Segundo muy pensativo: viene de la calle.)

SEGUNDO. (Si me lanzo ¿por qué tiemblo?
si tiemblo ¿por qué me lanzo? (Pausa.)
¿Será el primer despropósito
de una mujer?... El adagio
¿no asegura, y la experiencia
lo confirma á cada paso,
que la mujer y la gata
de quien la trata? ¿No es claro
que la paciencia consigue
más que el mérito? Mil lauros
¿no atribuye todo el mundo
á la ocasion? ¿No me hallo
siempre cerca... sin que nadie
lo extrañe? ¿No entra en el cálculo
de muchas que son prudentes
favorecer con su halago
más que á un lindo vocinglero
á un camastron redomado?)

Pues si tengo en favor mio
 ocasion, silencio, trato...
 ¿Por qué tiemblo? (Pausa.) Si me voy,
 he de volver. No hay cuidado
 que aguije como un deseo
 consentido.—Es necesario
 adelantar... como grulla...
 un pié en tierra y otro en alto.
 Atisbo; miro seguro
 el terreno; doy un paso
 en firme, y vuelvo á la misma
 posicion. Y así... despacio...
 y siempre en la pista y siempre
 á lo somormujo... (Gil ronea fuerte.)

¡Diablo!

Es Gil. Y ¡cómo requiebra
 el sueño! Si me congracio
 con él; si logro que ayude
 mi plan... ¿Gil? (Despertándolo.)

GIL.

(Levantándose desparovido.) ¿Ladró...

SEGUNDO.

(Deteniéndolo.)

¡Muchacho!

GIL.

¿Es usted?

SEGUNDO.

¿Sueñas?

GIL.

(Restregándose los ojos.) Soñaba...

SEGUNDO.

¿Has dormido aquí? (Con extrañeza.)

GIL.

Me cuajo

donde quiera: fui sereno

y me quedó ese resabio.

SEGUNDO.

Pero...

GIL.

Y usted ¿por qué viene
 de visita tan temprano?

SEGUNDO.

Como está fuera de casa
 don Diego y yo me levanto
 muy de mañana, he venido
 á ver si se ofrece algo
 á tu señora.

- GIL. (No sabe la vuelta.)
- SEGUNDO. ¿Se ha levantado?
- GIL. No señor.
- SEGUNDO. Se acostaría acaso muy tarde.—
- GIL. Acaso.
- SEGUNDO. Dicen que ha habido esta noche ladrones en este barrio. Tú ¿no sabes?...
- GIL. No sé nada.
- SEGUNDO. Pero, Gil, ¿por qué eres zafio (Con castiño.) conmigo? ¿Por qué me pones tan mal gesto?
- GIL. ¡Ay qué marrajo!
- SEGUNDO. Cuando yo... Pero ¿no escuchas lo que te digo?
- GIL. (Hoy lo clavo.) Señor y á usted ¿qué le importa encontrarme duro ó blando?
- SEGUNDO. Hombre... si entro en una casa me gusta ver agasajo en todos, y si un perrillo me ladra, paso un mal rato.
- GIL. Pues descuide usted, que yo morderé, pero no ladro.
- SEGUNDO. Siempre tengo que arrancarte las palabras...
- GIL. Es que pago en la moneda...
- SEGUNDO. ¿Pues yo?...
- GIL. Pues usted ¿no es reservado conmigo?
- SEGUNDO. ;Cómo!... ¿Qué dices?
- GIL. ¿Piensa usted que yo me mamo el dedo?

- SEGUNDO. ¡ Gil!... ¿Qué pretendes decirme?
- GIL. Que es un agravio, una afrenta, no fiarse de mí... ¿Soy turco?
- SEGUNDO. *(Con alegría.)* ¡Ya caígot!
- GIL. Pues, señor, ¿de qué servimos en las casas los criados?
- SEGUNDO. Expílicate: tú ¿adivinas mi secreto?
- GIL. Cazo largo.
- SEGUNDO. En fin...
- GIL. Usted la camela.
- SEGUNDO. ¿Y tú te allanas?
- GIL. Me allano:
¿por qué no?
- SEGUNDO. Cierto: ¿qué tiene de particular?... ¡Qué hallazgo!
Y vas á servirme...
- GIL. En todo.
- SEGUNDO. ¡Si estoy por darle un abrazo!
Y dí: ¿cómo empezaremos?...
Tú desengáñate: en tanto que no hay amores, no medran los sirvientes.
- GIL. ¡Ya he empezado á servir á usted.! *(Con sarcasmo.)*
¿Me engañas?
- SEGUNDO. No, señor.
- SEGUNDO. Y cómo? y cuándo?
- GIL. Sí; ya le he dicho que usted se abraza...
- SEGUNDO. Sí que me abrazo!
- GIL. Y anda que bebe los vientos por ella.
- SEGUNDO. Y habrá pensado

- sin duda que el mandadito
iba de mi parte.
- GIL. Tanto
no diré.
- SEGUNDO. Con que ella sabe
que la adoro... ¡ Buen presagio!
Lo sabe Elena y me trata
como siempre.
- GIL. No lo extraño.
- SEGUNDO. Yo sí: no sé qué pensar... (Dudoso é impaciente.)
- GIL. Pierda usted el sobresalto,
señor. No extrañe usted nada. (Con mucha calma.)
- SEGUNDO. Y por qué?
- GIL. Por que es el caso...
la verdad; que yo aturdido...
- SEGUNDO. Qué has hecho?
- GIL. Errar el mandado,
y en vez de dárselo al ama,
se lo espeté...
- SEGUNDO. A quién?
- GIL. Al amo.
- SEGUNDO. Horror!... ¡ Al mismo don Diego!
- GIL. Al marido mismo.
- SEGUNDO. ¡ Bárbaro!...
Asesino!
- GIL. Pues ¿ qué tiene
de particular?...
- SEGUNDO. No salgo
de mi estupor. ¿ Nada encuentras
de particular?
- GIL. Es claro.
No es malo que usted lo haga
¿ y que yo lo diga es malo?
- SEGUNDO. (¡ Ay de mí!) Y ¿ él?...
- GIL. La verdad:
no le gustó.

- SEGUNDO. (Estoy pisando un volcan. Querrá vengarse cuando vuelva... Yo me marcho...)
- GIL. Se va. (Vuelve don Segundo.)
Vuelve. Tiene azogue.
- SEGUNDO. (Elena de mi arrebato nada sabe. Le diré que me calumnia ese ganso; que me defienda con Diego cuando vuelva. Aquí la aguardo: esto es mejor. Siento ruido: ella sale. (Sale Diego.) ¡Cielo santo!)

ESCENA II.

DIEGO.—SEGUNDO.—GIL.

- (¡ Ha vuelto para cogerme in fraganti! (Quiero irse.)
¿Quién?
(No escapo.)
- DIEGO. ¿Segundo?
SEGUNDO. Yo...
DIEGO. ¿Qué te ocurre?
SEGUNDO. (¡ Ay qué calma !) Me han contado tu vuelta y que hubo ladrones anoche...
DIEGO. Sí; se alarmaron sin motivo.
SEGUNDO. Pues á Dios.
DIEGO. No: no te vayas.
SEGUNDO. (¡ Qué amargo momento !)
DIEGO. Tengo que hablarte de un asunto...
SEGUNDO. (Y ya ¿qué hago?

- Ni sé mirarle, ni hablar,
ni correr, ni estar parado.)
- DIEGO.** (Allí está. Bueno sería
traer gente; hacerle escarnio
de todo Madrid.)
- GIL.** (Observando á Diego.) (Apuesto
que está pensando los palos
que le ha de dar.)
- SEGUNDO.** Mi señora
tal vez me estará esperando...
- DIEGO.** Anda y dile que no espere. (A Gil.)
- SEGUNDO.** (Me echó la garra.)
- GIL.** (Con intención.) Y si acaso (A Diego)
el motivo me pregunta,
¿lo digo?
- DIEGO.** (Con extrañeza.) Y ¿á qué ocultarlo?
- GIL.** (Y es verdad: sepa las mañas
de su esposo.)

ESCENA III.

DIEGO.—SEGUNDO.

- DIEGO.** Oye.
- SEGUNDO.** (¡ Ha llegado
mi hora!)
- DIEGO.** (En voz baja y poniéndole la mano sobre el hombro.)
Sabes que tengo
al traidor entre mis manos?
- SEGUNDO.** (Esto es hecho.)
- DIEGO.** (Consultándole.) ¿Qué castigo?...
- SEGUNDO.** Su perdon: el mas bizarro.
- DIEGO.** ¡ Su perdon!...
- SEGUNDO.** (En tono suplicante y contrito.)
Piensa que nadie
se libra de un temerario

pensamiento. Dios perdona :
perdona tú.

DIEGO. ¡Qué cristiano
te has vuelto!

SEGUNDO. Miro por tí,
miro por ella. El escándalo
mata. Tú ¿no estás seguro
de Elena? ¿No es el encanto
de todos?

DIEGO. (¡Ah!)

SEGUNDO. ¿Qué te importan
las culpas de otro? Ofuscado
una vez ¿no padeciste
un grave error? Si despacio
lo miras, quizás ahora
padezcas el mismo engaño.

DIEGO. Ahora .. (¿Qué iba á decir?
Ni á un amigo, ni á un hermano,
ni á nadie...)

SEGUNDO. (¿Qué pensará?)

DIEGO. Vé y espera en mi despacho.

SEGUNDO. Voy. (Le obedezco lo mismo
que un niño. ¡Si de esta escapol...)

ESCENA IV.

DIEGO.

¿Qué hacer? En caso tan grave,
¿quién se ha visto ni se ve?
Ella dudosa en mi fe;
yo mudo, y él bajo llave.
Y en verdad que cuando veo
al bravo Amadís de Gaula
encerrado en una jaula
para mi propio recreo,

á pesar del padecer
 que el recelo me ocasiona,
 cierta risa juguetona (Sonriendo.)
 inunda todo mi ser.

Y al reirme... siento el frío
 de la duda; se oscurece
 mi espíritu y me parece
 que de mí propio me río.

Si ella resulta culpable,
 él de aquí no sale vivo. (Pausa.)

Que se turbó es positivo; (Recordando.)
 que algo calla, es indudable.

Ambos con igual empeño
 hemos estado entre abrojos,
 estudiándonos los ojos
 y espiándonos el sueño.

Pero ¿por fuerza ha de ser
 culpa lo que oculta Elena?

Si ella siempre ha sido buena ..

Si le ha conocido ayer;

¿es posible, Dios bendito!

¿No es todo ménos violento

que pasar en un momento
 de la inocencia al delito? (Pausa.)

Paulina pudo también

ser causa... Y ahora pudiera...

(Se dirige á la habitación de Paulina.)

Es muy niña y aunque quiera
 ocultar... ¿Paulina?

PAULINA. (Dentro y algo sobresaltada.) ¿Quién?

DIEGO. Sal.

PAULINA. Dios te guarde.

ESCENA V.

DIEGO.—PAULINA.

- DIEGO. ¡Ah, qué adusto
semblante!...
- PAULINA. Si, mala vengo,
Diego. (Apoyándose en su hombro.)
¿Pues qué tienes?
- DIEGO. Tengo
PAULINA. un malestar...
- DIEGO. Pues; el susto
no te ha dejado dormir.—
En mal hora se empeñó
Elena...
- PAULINA. No, si fui yo
la que me empeñé en venir.
- DIEGO. ¿Tú?
- PAULINA. Si.
- DIEGO. Dime: cuando entré
no estabas aquí.
- PAULINA. (Volviendo la cara.) ¡Ah!
- DIEGO. Responde:
¿dónde estabas?
- PAULINA. No sé donde.
Elena me dijo...
- DIEGO. ¿Qué?
- PAULINA. (Si ella lo ha callado y yo
descubro...)
- DIEGO. ¿Qué me decias
de Elena?
- ELENA. (Saliedo.) Felices dias.
- DIEGO. ¡Ah! No la traje y la echó.)

ESCENA VI.

ELENA.—DIEGO.—PAULINA.

- PAULINA. (Aquí estaba... Y ¿desconfío (Reprendiéndose.)
de ella? ¡Ay Dios!...)
- ELENA. (Observando á Diego.) Esa mirada...
- PAULINA. (Desde que soy desgraciada
pienso mal á pesar mio.
Dios me ampare.)
- ELENA. (A Diego.) ¿Qué te obliga
á apartar de mí los ojos?
- DIEGO. Nada. (Después de mirarla fijamente.)
- ELENA. ¡Diego!
- DIEGO. Son anteojos
que sabrás sin que los diga.
- ELENA. No más tu silencio aumente
la inquietud en que me abraso.
- PAULINA. (¡Eh!... yo sabré todo el caso,
cuando Elena me lo cuente.)
- ELENA. ¿No me sacas de este abismo?
- DIEGO. (¡Calma! Si digo que sé
mi ignominia, aquí tendré
que darle muerte ahora mismo.
¡Silencio!...)
- ELENA. ¿Por qué te alteras?
- DIEGO. Dice la niña... (Cambiando de asunto.)
- ELENA. ¿Qué pasa?
- DIEGO. (Observando á su mujer.)
Que anoche se vino á casa
sin que tú se lo exigieras.
- ELENA. ¿Y qué?
- DIEGO. Nada: yo creía
que tú...
- ELENA. (¿Qué quiere indicarme?)

- PAULINA. Pues ¿no puedo yo quedarme cuando quiera?
- DIEGO. Sí, hija mía.
- PAULINA. Tú no quieres.
- DIEGO. ¡Yo!
- ELENA. (No acierta mi mente...)
- DIEGO. Todo al contrario.
- PAULINA. Sí... ¿Por qué has puesto el armario (Con cariñosa ironía.) delante de nuestra puerta?
- DIEGO. Decía el tío...
- ELENA. (Mirando al armario y como asustada de una idea.) (¡Si estará!...)
- DIEGO. Que sólo hallabas placer aquí.
- PAULINA. Tú, que tu mujer se encontraba siempre allá.
- ELENA. (Está la llave quitada.)
- PAULINA. Y evitando la porfía, amanecemos un día con la puerta interceptada. Porque no venga. Con Dios.
- ELENA. No; no te vayas. (De pronto.)
- PAULINA. (Observando á Elena.) ¿Si?
- ELENA. Espera.
- DIEGO. (Quieren hablarse. Si oyera (Observándolas) lo que han de hablarse las dos...) (Diego se dirige á la puerta que conduce á la calle.)
- PAULINA. Si vas á mi casa, di á Pedro... (Acercándose á Diego.)
- DIEGO. No; si no voy. (Sale.)
- ELENA. (Si él guarda la llave, estoy segura...) Esperáme aquí. (Entra en su habitación.)
- PAULINA. Bien. (Cerca del armario)

ESCENA VII.

PAULINA.—~~Después~~ DIEGO.

¡Qué confusa batalla
de dudas!... ¿Cómo se fué?

JUAN. ¿Paulina? (Dentro del armario.)

PAULINA. ¡Ah!

JUAN. (Mete un papel por las junturas de las tablas.) Toma y lee.

PAULINA. ¡Gran Dios!

(Paulina está un momento dudosa: se acerca al fin á tomar el papel y se encuentra con Diego.)

¡Ah!

DIEGO. (Diego toma el papel.) ¡Chist! Vete y calla.

(Diego se adelanta y lee el papel: Paulina queda en el fondo.)

PAULINA. ¡Yo sueño!... ¿Ese escrito?... ¡Ya
comprendo lo que ha de ser!...

Sin duda logró romper
alguna tabla y querrá
por mi casa... — Me ha ultrajado:
no debo hablarle. Si accedo,
creerá que olvido... — ¿No puedo
valerme de algun criado?

Pero y ¿si alguno le ve
tan de mañana salir?...

¡Mi honra!... Puedo advertir
que le detengan... ¿Qué haré?

(Repara en la emocion de Diego.)

Pero Diego... ¡Está mortal!

Una desgracia preveo,
si los dos... ¡No dudo! (Sale precipitadamente.)

DIEGO. ¡Creo

que lo he comprendido mal...

ESCENA VIII.

DIEGO.

(Vuelve á leer el papel.)

«¡Perdona y sálvame! Yo
 «mi conducta explicaré;
 «y si aquí he venido, fué
 «porque Elena me citó.
 «Tengo una tabla vencida:
 «si libre paso me das
 «por tu casa, salvarás
 «muchas horas y una vida.»
 Elena dice... Y ¿con calma
 miro?... — El mal que me sucede
 es tan grande que no puede
 entrar de un golpe en el alma. —
 ¡Qué horroroso desconcierto!
 ¡En un momento parece
 honra, amor!... Si, si; parece
 imposible; pero es cierto. —
 Voy á arrojarle su atroz
 perfidial... *(Se dirige al cuarto de Elena y se detiene.)*
 No: no te creo:
(Llevándose la mano al corazón.)
 Muestras ira y es deseo
 del soborno de su voz. *(Pausa.)*
 El... Lo puedo aseainar
 y arrastrar por los cabellos...
 Pero... ¡mejor fuera que ellos
 me acabaran de matar! *(Cayendo en una silla.)*
 ¡Que esto pueda un desvario!...
(Abismado y en voz baja.)
 ¡Que tenga tantas doblesces

un corazón!... ¡Cuántas veces
 he estrechado sobre el mío
 aquel abismo profundo
 de iniquidad!... y creía
 que entre mis brazos tenía
 toda la dicha del mundo!
 ¡Eh!... basta! (Se levanta.) De esa mujer
 ya ni áun vengarme pretendo.
 Sí; pero seguir viviendo
 él y yo... no puede ser.—
 De aquí lo saco! Segundo
 será testigo, y que Dios
 decida cual de los dos
 debe quedar en el mundo.
 Lo mismo me importa... Aquí
 ¿quién dichoso puede ser,
 si la dicha es la mujer
 y la mujer es así?
 ¿Segundo? (Llamándole en voz baja y en la puerta.)

ESCENA IX.

DIEGO.—SEGUNDO.

SEGUNDO. Aquí está. (¿Qué nuevas
 (Mirando con temor á Diego.)
 me aguardan?...) Dí: ¿qué medita-?
 DIEGO. (Es mejor... Dejaré escritas
 dos letras...)
 SEGUNDO. ¿Qué?
 DIEGO. No te muevas
 de aquí.
 SEGUNDO. ¿Ese aspecto sombrío?...
 DIEGO. ¡Silencio!...
 SEGUNDO. Saber anhelo...
 ¿De qué se trata?

DIEGO. De un duelo.
 SEGUNDO. ¡Un duelo!
 DIEGO. A muerte. (Entra en su despacho.)
 SEGUNDO. ¡Dios mío!

ESCENA X.

SEGUNDO.—Después ELENA.

¡Ay de mí! ¡Quiere matarme!
 Pero ¿qué he hecho yo?...
 (Ruido en el armario: don Segundo se estremece.)
 ¡Ay!... También

creí que me amenazaban
 los muebles. — Pero ¿cuál es
 mi crimen, que así subleva
 á todos? Porque pensé
 y tuve intención... Pues de esto (Incómodo.)
 Dios solamente es el juez.
 Si pensamientos merecen
 un castigo tan cruel,
 tan bárbaro, ¿quién se libra
 de que le estrujen la nuez?—
 ¿Echo á correr?... ¿qué dirán?
 No: yo no quiero correr
 ni batirme. (Se sienta con ira.)

ELENA. (¡Ya no hay duda!
 Guardar con tal interés
 la llave!...)

SEGUNDO. ¡Elena! Usted puede...

ELENA. ¿Qué?

SEGUNDO. (Si la alboroto, creerán
 que tiemblo...)

ELENA. Esa palidez,
 ese sobresalto...

SEGUNDO. ¿Yo?

- ELENA. Pues si estoy tranquilo... ¿Y él?
- SEGUNDO. ¿Dónde está Diego? Le aguardo.
- ELENA. Pero ¿qué pasa? (Con inquietud.)
- SEGUNDO. Pues bien; quiere salir á batirse...
- ELENA. ¡Batirse!... ¡No me engañó!
- SEGUNDO. ¿Usted sospechaba?... ¡Todo!
- ELENA. Vuelvo... (Mirando á la puerta por donde entró Diego.)
- SEGUNDO. Retírese usted.
- ELENA. Yo sola... (Esto no es huir.)
- SEGUNDO. ¡Pronto! (Segundo quiere dirigirse á la puerta de la calle. sale Diego, retrocede y se mete en la habitación de Elena.)
- ELENA. Si avanzo, me ve.

ESCENA XI.

ELENA.—DIEGO.

- DIEGO. Esto se acabó. ¿Quién?...
- ELENA. ¿Diego?
- DIEGO. (¡Ella!)
- ELENA. Yo soy quien te espera.
- DIEGO. ¿Dónde vas? (¿De qué manera la echaré?)
- ELENA. ¡Yo te lo ruego!...
- DIEGO. ¿El qué?
- ELENA. ¡Descíbreme el alma!
- DIEGO. (¡Oh!)
- ELENA. Tu impaciencia reporta; que en fin... lo que más importa

se ha de tratar con más calma.

Si algo callé... (Con mucha intención.)

(¿De qué modo?...)

DIEGO.

ELENA.

Por prudencia ó temor ciego,
habla : pregunta.

DIEGO.

Sí ; luego, —
no tiembles, — lo sabrás todo.
Vé... y una carta hallarás
ahí dentro : quizás consiga...

ELENA.

¡ Nada quieres que te diga !
¡ Nada me dices !

DIEGO.

¿ No vas ?

ELENA.

(¡ Ay de mí ! Quiere que calle ;
que no hablemos de... ¿ Qué haré ?
¿ De qué modo empezaré
sin que su cólera estalle ?)

DIEGO.

ELENA.

¡ Elena ! (En tono amenazador.)

Si estoy callada.

DIEGO.

¿ Te vas ? Tendré que sacarte
de aquí ? (Reprimiéndose.)

ELENA.

Si no voy á hablarte...

Descuida ; no diré nada. (Pausa corta.)

¡ Tú quedarás satisfecho
si el alma hablara sin voces !

Y.. ¡ cómo no me conoces
si me tienes en tu pecho !

(¡ Y yo escucho !...)

DIEGO.

ELENA.

Di la pena,

el error que te fascina.

DIEGO.

(De este modo se camina
á la infamia.) Vete, Elena.

ELENA.

Pues dime... si es tu deber.
Hablemos... Yo te prometo...
Si Dios no quiere secreto
entre marido y mujer ;
solo la muerte — ten calma —

rompe obligacion tan fuerte.
Mientras no llega la muerte
los dos se deben el alma!

DIEGO. ¡ Pues bien ! (Dirigiéndose al fondo.)

ELENA. (Cogiéndole de un brazo.) ¡ Oh !

DIEGO. (Aparentando calma.) No has de decir
nada que mi intento tuerza.

ELENA. Tendrás que usar de la fuerza
si no me quieres oír.

DIEGO. ¡ Aparta !...

ELENA. Pues ¿ no has oído
que soy tu mujer ?...

DIEGO. ¡ Oh ! ¡ sí !...

Ya lo sé.

ELENA. ¿ Tan mala fui
que lo sientes ? ¿ No lo he sido
atenta siempre á tu amor,
á tu llanto, á tu placer ?
Y ¿ no he de ser tu mujer
para tratar de tu honor ?

DIEGO. ¡ No grites !...

ELENA. Bien ; eso sí :
yo te hablaré comó quieras.
Pero habla.

DIEGO. ¿ No consideras
que por mi honor y por ti
me callo ? ¿ No has advertido,
en medio de tu despecho,
que el hombre de cuyo pecho
eterno huesped has sido ;
que en sus burlas y sus veras,
en sus virtudes y faltas,
pensaba... con voces altas
para que tú las oyeras ;
una vez que se ha propuesto
á tu vista enmudecer,

¡muy dura tiene que ser
la mordaza que le has puesto!
¿No ves que este acusador
silencio que te exaspera
es la fineza postrera
que puede hacerte mi amor?
¿Y no adviertes que en seguida,
si te descubro mi pecho,
tendré que decir: «¿qué has hecho
de mi honor y de mi vida?»
Un hombre á tí se presenta
y en solo un día!!!

ELENA.

¡Oh! ¿Tú crees?...

DIEGO.

Basta. Si hablar de esto... es
encanagarse en la afrenta.

Déjeme usted, pues me vende...

ELENA.

¡Oh!...

DIEGO.

Conservar todavía
la parte de la honra mia
que solo de mí depende.

ELENA.

Oye y sabrás de qué modo
ha entrado.

DIEGO.

¿Y quién lo citó?

ELENA.

Yo misma!... Calla, que yo
quiero decirtelo todo.

Calma! — Tuvo la osadía
de hablar de amores conmigo...

(Movimiento de ira en Diego.)

Oye y verás como digo...

¿No sigues?

DIEGO.

¿Qué te decía?

ELENA.

¿Ya no atinas?... (Con sarcasmo.)

DIEGO.

¡Dios bendito!...

ELENA.

Cuando tu voz me condena,
¿también que me abogue la pena
es señal de mi delito?

¡Diego!... ¡Que de esta manera
me trates!...

DIEGO. Di... pierdo el miedo.

Ya te escucho. (Ya no puedo
dejar de oírla, aunque quiera.)

ELENA. Me habló... Ya te dije... En fin,
antes que yo respondiera
me suplicó que saliera
á la reja del jardín.

Dije que sí: mas por Dios!...

Para que fuera Paulina
en mi lugar. Tú imagina... —

La venganza de las dos;
el escarnio del que infiel...

DIEGO. ¿Y ella supo?...

ELENA. Sí; y se aleja

de aquí; y estaba en la reja

esperándole; mas él,

detenido se quedó

sin duda al salir la gente,

y ¿lo creerás? De repente,

—¡aun tiemblo!— aquí apercibió:

volviste tú, ¡tan de prisa

nos quiso vengar el cielo!

y arrastrando por el suelo

se escondió bajo la mesa.

DIEGO. (¡Oh!...)

ELENA. Lo demás tú lo sabes.

Si áun dudas...

PAULINA. ¿Elena?

ELENA. ¡Ah! ven.

ESCENA XII.

DIEGO.—ELENA.—PAULINA.

(Paulina entra creyendo encontrar á Elena sola: al ver á Diego se para.)

ELENA. Pregúntale: yo no he hablado
con Paulina. Indaga...

PAULINA. ¿Qué?
(Ya comprendo.)

DIEGO. (Este consuelo
que me inunda, ¿puede ser
engañoso?)

ELENA. Dime: anoche
¿qué te dije?

PAULINA. (¿Qué diré?)

ELENA. Mira que no necesito
disculpas y mira bien
al hablar, que es la mentira
la que me puede perder.

PAULINA. Dijo Elena que á la reja
del jardín...

DIEGO. Basta: no des
mas explicaciones...

ELENA. (Mirándole llena de gozo.) ¡Diego!

DIEGO. Perdóname.

ELENA. (Echándose en sus brazos.) ¡Ay! Otra vez
no dudes por Dios... Te cuesta
muy caro y á mí tambien.

PAULINA. (Ya no habrá mas pesadumbre
que la mia... Y el infiel
quiere hablarme. ¿Qué podrá
decirme?... No: que se esté
allí solo; y cuando pueda
salir sin que extrañen...)

DIEGO.

¡Eh!...

Ya esto es otra cosa. Ahora...
Dejadme.

ELENA.

(Alarmada.) ¿Qué vas á hacer?

DIEGO.

No te apures. Nada. (¡Echar
de mi casa á puntapiés!...)

ELENA.

¡Diego! (¿Qué no he do salir
del peligro?) Mira: ten
prudencia. ¿Qué apetacias?
¿vengarte? Pues ya te ves
vengado, y de una manera
bien cumplida. — ¿Escarnecer
un don Juan? — ¿Quién ha sufrido
un escarño mas cruel?—

Y en fin, aunque yo repruebo
como tú su proceder,
medita, Diego, que ha sido
estimulado tal vez
por la escena que los dos
aquí tuvimos ayer.

PAULINA.

¡Ay Elena, que mil veces
yo lo he pensado tambient

ELENA.

Y pues tienes que sacarlo... (Mirando al armario.)

DIEGO.

¿Tú sabes?...

ELENA.

Lo adiviné.

No me asustes; no me dejes
temiendo que ahora ó despues...

¿Quiéres con mostrarle ira
echarlo todo á perder?

Muéstrale que haberle puesto
escarnecido á tus piés,

no te ha costado siquiera
el mas leve padecer.

Aparezca en tu sosiego
inalterable la fe

que me debes; y si anhelas

completamente vencer
y la mas noble venganza
despues de la mas cruel,
pues es fuerza que le hables,
háblale, pero ha de ser
procurando de un malvado
hacer un hombre de bien.

PAULINA. ¡Hazlo por mí!... ¡porque Dios
te dió tan buena mujer!
(¡Ah!... Ya siento...)
(Dirigiéndose á la puerta que conduce á la calle.)

ESCENA XIII.

DICHO.—GIL.

GIL. (Bajo á Paulina.) Señorita,
me ha dicho Pedro, que aquel
caballero...

PAULINA. Que al momento
venga aquí, ¡volandol!

GIL. Bien.

ESCENA XIV.

ELENA.—PAULINA.—DIEGO.—SEGUNDO.

SEGUNDO. (¿Me atreveré?... Ya parece
mas blando.)

PAULINA. (Volviendo á Diego.) Si ahora que creo
que su afrenta y todo el mundo
se ha de volver contra él,
tú llamas á su conciencia
con tus palabras y él ve
que renace su esperanza
del angustioso tropel

de sus males, ¿qué ocasion
mas propicia para hacer
que eterno arrepentimiento
le regenerere?

ELENA. Ya ves: (Aparte á Diego.)
ella le adora...

PAULINA. Pensaba

su memoria aborrecer,
te lo juro; mas si tú
le haces bueno, le querré.
¿Por qué ha de ser imposible
que se enmiende? No lo es.
El no es tonto, y el ser malo
me parece la sandez
mas grande.

SEGUNDO. (Enternecido.) (Si... ¡Pobrecita!...
Dios te pague el interés...)

PAULINA. ¿Si? ¿Le hablarás?

DIEGO. ¡Quiera el cielo
que en eso estribe tu bien!
Idos.

PAULINA. No: si está en mi casa.

ELENA. ¡Ah!

DIEGO. ¿Cómo?

PAULINA. Si; yo mandé
á un criado... mientras tú
leías aquel papel...
Y quiere hablarme, y le he dicho
que venga y creo conocer (Escuchando.)
sus pasos... y viene...

JUAN. (Entrando con resolucion.) ¡Si esto
es probar mi intrepidez!... (Se queda en el fondo.)

ESCENA XV.

ELENA.—PAULINA.—DIEGO.—JUAN.—SEGUNDO.

- PAULINA. Aquí está.
- ELENA. Diego, por Dios...
- DIEGO. Descuida.
(Paulina pasa al fondo á hablar con don Juan.)
- SEGUNDO. ¡Con que este es!... ¡Perdon Juan.)
Y nada sabe. (Mirando á Diego.) Y yo estoy
en buen lugar. ¡Oh, placer!...
¿vecinita?... (Pasando al lado de Elena.)
- PAULINA. Ya lo sabes.
Quisiste hablarme; pues bien,
habla con Diego.
- JUAN. ¿Es posible?...
- PAULINA. Nada tienes que temer.
Elena y yo conseguimos...
- JUAN. ¿Elena y tú!...
- PAULINA. Habla con él.
- JUAN. (¿Qué es esto?)
- PAULINA. (Suplicante.) Diego...
- DIEGO. Salid.
(Elena examina con recelo á don Juan.)
- JUAN. (¿Qué quiere darme á entender
su mirada?) (Por Elena.)
- ELENA. (¡Quiera Dios
que me engañe!...)
- SEGUNDO. ¿No sabré,
vecina, qué significa
lo que pasa?
- ELENA. Venga usted.

ESCENA XVI.

DIEGO.—JUAN.

(Pausa.)

DIEGO. (Ya que el lance se ha venido...)

JUAN. (¡Acabemos de una vez!)

Yo...

DIEGO.

Silencio. Lo sé todo,
 don Juan. ¿No lo he de saber
 si hasta hay en mi casa muebles
 que se hacen lenguas de usted?
 No tema usted que pretenda
 humillarle. No: al revés.
 Usted se sorprenderá...
 y yo me alegro; porque
 sorprender á los don Juanes
 me causa mucho placer.
 Ya ha probado usted la copa
 del escarmiento: pues bien;
 escarmiento sin enmienda
 es árbol sin fruto; es
 dolor sin bálsamo, y quiero
 conseguir que el hombre infiel
 que halló escarmiento en mi casa,
 halle la enmienda también.
 Don Juan nada ha sucedido,
 y nadie lo ha de saber.
 Fué de noche; hubo tinieblas;
 salió la luz, y se ve. (Pausa corta.)
 Esa niña; esa infeliz,
 única rosa tal vez
 que ha brotado en su camino
 y no han hollado sus piés,

ya sabe usted que le adora;
 que mi honrada sencillez
 pidió su mano: y yo creo
 que al tratarla con desden,
 usted, aún más que con ella,
 consigo mismo es cruel.
 ¿Quiere usted que Elena y yo
 seamos padrinos? (Don Juan quiere hablar.)

Después

que usted pruebe con las obras
 que es digno de tanto bien.
 Antes de llegar al puerto,
 cual sospechoso bajel,
 debe estar en cuarentena
 hasta que seguro esté,
 y los médicos del alma
 patente limpia le den. (Don Juan quiere hablar.)
 Aquí se queda usted solo;
 quiero dejar en el fiel
 su decisión, sin que nada
 la violente. Si usted cree
 que pueda su corazón
 dignamente responder,
 nos llama y... buenos amigos
 le darán el parabien.
 Si usted vacila, se va;
 se va para no volver.
 Piense usted que este momento
 decisión de muchos es.
 Si hoy dice usted: «Es temprano,»
 mañana tarde ha de ser. —
 Con que, abur. — Este soy yo:
 veremos quién es usted. (Vase segunda derecha.)

ESCENA XVII.

DON JUAN.

(Don Juan permanece un momento en profunda meditacion: poco á poco va esbozando á sus labios una sonrisa maligna.)

Sí; no hay duda: todo ha sido
obra de Elena; que bien
su mirada al despedirse
lo quiso dar á entender,
y áun Paulina me lo dijo
con su sándia candidez.
¿Es sueño? Me da una cita
y apenas pongo aquí el pié
vuelve Diego; me conoce
y me tiene en su poder
y me encierra, y cuando pido
desesperado un cordel,
ella, sólo con pretexto
de Paulina y de su bien,
amansa las tempestades,
y aprovechando el revés,
áun me coloca en mejor
posicion que me encontré.
¡Oh, fortuna! (Ébrio de gozo.) Me debias
desquite, por tanta hiel
como he tragado!... A la niña
puedo entretenerla un mes,
un año... ¡Oh, dicha!...—Aquí mismo
dos letras escribiré,
(Saca una cartera; rompe una hoja y escribe.)
y sepa Elena al instante
que estoy al cabo... Eso es. (Acabando de escribir.)
Ya de acuerdo, se las doy

al descuido... Llamaré
corriendo: no diga Elena
que he tardado en comprender...
(Tira del llamador de la derecha.)
y los otros que vacilo (con sarcasmo)
para aceptar el Eden.

ESCENA XVIII.

JUAN.—PAULINA.—ELENA.—DIEGO.—SEGUNDO.

PAULINA. Juan!...

JUAN. Dudas?...

PAULINA. Consumida
estaba por la impaciencia,
temiendo que tu conciencia
permaneciese dormida.

JUAN. Pues ya ves...

PAULINA. Sí; ¡ya florece
mi esperanza!

JUAN. Agradecido

les estoy...

DIEGO. Ha respondido (Desde la puerta á Elena.)
á mi voz.

ELENA. Así parece.

PAULINA. ¿Ves qué buenos?

JUAN. Sí; ya veo
su interés, y ellos verán
que agradezco...

PAULINA. Ven.

SEGUNDO. ¿Don Juan
va á casarse? No lo creo.

JUAN. Pido á usted, si le ofendí,
que olvide...

DIEGO. Ya basta.

JUAN. Y ruego

- también á Elena que... (Pasa á su lado.)
 PAULINA. ¡ Ay, Diego,
 qué alegre me tienes!
- DIEGO. ¿ Sí?
- PAULINA. ¿ Con que serás el padrino?
- DIEGO. Ya veremos de qué modo se porta.
- JUAN. Señora, todo (Bajo á Elena)
 lo comprendo; lo adivino.
- ELENA. Yo me alegro, si adivina...
- JUAN. Este papel es testigo.
 (Le entrega el papel y vuelve á hablar con Diego y Paulina.)
- ELENA. « Comprendo el plan y lo sigo (Leyendo el papel.)
 entreteniéndolo á Paulina.»
 ¡ Interpreta este momento!...
 ¡ Jesús! ¡ Qué infame cinismo!
 ¿ Quién pudo hacer de sí mismo
 un escarnio mas sangriento?)
 ¿ Diego?
 (Llamando á Diego que habrá pasado al centro á hablar con Segundo.)
- DIEGO. ¿ Qué tienes? Estás...
- ELENA. Calla: lo vas á saber.
 ¿ Me das palabra de hacer
 lo que te diga y no más?
- DIEGO. Sí.
- ELENA. Mira.
 (Diego al leer el papel hace un movimiento de indignación.)
- Ni indignacion
 mereco; ni áun tu desprecio!
 Tú déjame á mí.
- DIEGO. ¡ Qué necio
 he sido!... Tienes razon.
 Sólo me queda el afán
 de no verle.
- ELENA. Pues domina
 hasta ese afán. A Paulina

¡dále ese papel. ¿Don Juan?

(Don Juan se acerca muy solícito á Elena. Diego pasa al lado de Paulina.)

Si algun espejo brillante
para verse el alma hubiera,
más castigo no le diera
que ponérselo delante!

JUAN. ¡Oh! (Confundido.)

DIEGO. Ni enojo, ni desden.

(Conteniendo un movimiento que hace Paulina al leer el papel.)

PAULINA. Nada. Todo es excusado.

No es tan fácil de un malvado
hacer un hombre de bien.

SEGUNDO. (¿Qué es lo que pasa?)

DIEGO. ¡Estos son
los amantes!

JUAN. ¡Oh, que tormento!

¿Si Diego?... (Mirándole con miedo.)

DIEGO. Sí: ¡qué talento,

don Juan, y qué corazon! (Señala la puerta de la calle.)

JUAN. (Un dolor nuevo me aflige,
me aterra y me hace cobarde.)

¡Paulina!... (Entra Gil.)

PAULINA. ¡Don Juan, es tarde!

¡Por allí! (Señalando la puerta de salida.)

SEGUNDO. ¡Si yo lo dije!

ESCENA XIX.

DIEGO.—ELENA.—PAULINA.—SEGUNDO.—GIL.

PAULINA. ¡Oh! ¡gracias! (A Elena.)

SEGUNDO. (Nadie del mundo

ya entra aquí. Yo solo y fijo...)

GIL. Señor, llorando me dijo
la mujer de don Segundo

mi cariño de raíz.

Tú rompiste mi cadena. (Tomándole una mano.)

DIEGO. ¡Y consolaste mi afán! (idem.)

ELENA. Nada esperes de un don Juan. (A Paulina.)

¡Nada temas de tu Elena! (A Diego.)

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representación sea autorizada.

Madrid 12 de Mayo de 1963.

EL CENSOR DE TEATROS,
Antonio Ferrer del Río.

Papete

TOTAL.....

221,60

